

**INSTITUTO CARO Y CUERVO**

**SEMINARIO ANDRÉS BELLO**

*La compañía bananera en la obra de Gabriel García Márquez*

**Tesis presentada para aspirar al título de maestro en  
Literatura y Cultura**

**Presentada por: Nicolás Pernet**

**Dirigida por: Erna von Der Walde**

**Bogotá, enero de 2015**

## ANEXO 1

### TRABAJOS DE GRADO CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES PARA LA CONSULTA Y PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TEXTO COMPLETO

Bogotá, D.C., Fecha

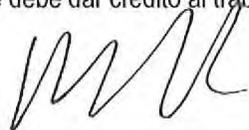
Señores  
BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI  
Ciudad

Estimados Señores:

Yo (nosotros) Nicolás Perneff, identificado(s) con C.C. No. 8433701, autor(es) del trabajo de grado titulado La compañía Bananera en García Márquez presentado en el año de 2015 como requisito para optar el título de Maestro Literatura y cultura autorizo (amos) a la Biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio el Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro Y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para todos los usos que tengan finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Muestre al mundo la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "**Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores**", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su (s) autor (es).



Firma y documento de identidad

8433701

Firma y documento de identidad

INTRODUCCIÓN.....	1
1. GARCÍA MÁRQUEZ: UNA LECTURA DE LA HISTORIA DE COLOMBIA.....	9
1.1 La novela y la historia .....	9
1.2 Leer historiográficamente a García Márquez .....	166
1.3 La literatura como interpretación .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b> 9
1.4 García Márquez para pensar el presente.....	233
2. LA UNITED FRUIT COMPANY Y EL CARIBE DE GARCÍA MÁRQUEZ .....	244
2.1 Tras el vellocino de oro .....	255
2.2 Historia de una ignominia.....	299
2.3 Revivir para contarla.....	31
3. <i>LA HOJARASCA</i> Y EL AMBIGUO VENTARRÓN DE LA PROSPERIDAD.....	355
3.1 Historia y naturaleza.....	355
3.2 Como hojas al viento .....	399
3.3 La masacre subyacente .....	455
4. MACONDO: EL ESPACIO DE LA DECADENCIA .....	48
4.1 El cronotopo bananero.....	45
4.2 Los cuentos de la zona.....	52
4.3 La persistencia de la muerte .....	599
5. <i>CIEN AÑOS DE SOLEDAD</i> : ESPLENDOR Y DESTRUCCIÓN DEL MUNDO BANANERO.....	62
5.1 El poder y la ignoracia.....	59
5.2 El apocalipsis bananero.....	71
5.3 Perder la historia, ganar la consciencia.....	78
CONCLUSIONES ( <i>Vivir para contarla</i> ).....	855
BIBLIOGRAFÍA.....	93

## INTRODUCCIÓN

En la madrugada del 6 de diciembre de 1928 en la estación del ferrocarril de la población de Ciénaga, en el departamento de Magdalena, al norte de Colombia, tres regimientos del Ejército, ordenados por el general Carlos Cortés Vargas, abrieron fuego contra una manifestación de trabajadores que desde el día anterior se habían congregado en este lugar con la intención de marchar al día siguiente hacia Santa Marta, la capital del departamento. Esta manifestación era la culminación de una huelga que había empezado el 12 de noviembre de ese año y en ella participaban más de veinte mil trabajadores de la industria del banano, que en la región era controlada desde comienzos de siglo por la empresa norteamericana United Fruit Company (LeGrand, 1989). Debido a que el gobierno del conservador Miguel Abadía Méndez había considerado esta huelga un problema de orden público y había declarado el estado de sitio en la noche del 5 de diciembre, la reunión de trabajadores de la estación de Ciénaga fue conminada a abandonar el lugar so pena de ser dispersados por la fuerza. Ante la negativa de la multitud de moverse, el general Cortés Vargas dio la orden de fuego, lo que dejó un saldo de muertos cuyo número exacto nunca ha sido establecido y que oscila entre nueve víctimas fatales, según la versión oficial, y más de dos mil, según cifras dadas por otras fuentes. (Cortés Vargas, 1979, 91) (Herrera y Romero, 1979, 79)

El episodio, que después sería conocido como la “masacre de las bananeras”, fue el más traumático y sangriento de los más de cincuenta años en los que la United Fruit Company dominó la producción bananera del Caribe colombiano, y fue el ejemplo palmario de las tensas relaciones que había en la región entre los representantes de la compañía, las autoridades locales y los trabajadores rasos de las plantaciones. A pesar de que los sucesos de diciembre de 1928 fueron conocidos en el interior del país por medio de la prensa, la magnitud de la masacre fue rápidamente minimizada por el gobierno nacional, quien impulsó y alcanzó a instalar la idea de que el Ejército había actuado a tiempo para preservar la paz y la tranquilidad de la zona bananera y que los huelguistas abatidos eran realmente parte de una conspiración foránea para instaurar el comunismo en Colombia (Archila, 2009).

Sin embargo, con el paso de los meses y los años algunas versiones que presentaban los hechos de las bananeras como una verdadera tragedia en la que las autoridades colombianas actuaron de manera indebida para proteger intereses económicos extranjeros y en la que el número de víctimas sobrepasaba notoriamente las cifras oficiales fueron divulgadas por algunas voces, especialmente las de actores políticos de izquierda como el congresista Jorge Eliécer Gaitán (1988) o el líder sindical Ignacio Torres Giraldo (1973). Estas versiones alarmantes no tuvieron mucho eco en la opinión pública y la academia colombiana y por muchos años los sucesos de las bananeras permanecieron desconocidos para la mayoría de la población, aunque no para los propios habitantes de la costa norte colombiana, en donde el recuerdo (y la presencia misma de la United) fue una constante hasta finales del siglo XX (Sánchez, 2009).

Pero si la narración y análisis de la huelga y masacre bananeras estuvieron durante muchos años ausentes de los discursos periodísticos o historiográficos nacionales, no lo estuvieron de su literatura, buena parte de la cual, especialmente la de un puñado de autores venidos de la costa Caribe, trató el tema de la huelga, la masacre y la vida cotidiana de la región bajo el imperio de la empresa frutera norteamericana en varios cuentos y novelas que aparecieron desde la década de 1930, entre los que se destacan las novelas y cuentos de Gabriel García Márquez. (Bost, 1991)

En el presente trabajo estudiaremos la obra del escritor colombiano Gabriel García Márquez (1927-2014) para determinar cuál es el tratamiento que el autor le da en sus novelas y cuentos al episodio histórico de la huelga y masacre de las bananeras, así como a todo el período durante el cual la compañía norteamericana United Fruit Company permaneció y llevó a cabo su producción en la costa colombiana durante la primera mitad del siglo XX. El autor estudiado es oriundo de esa región (específicamente del municipio de Aracataca, Magdalena) y buena parte de su infancia transcurrió allí durante el tiempo en que la economía bananera impulsada por la United era más intensa y omnipresente. Por ello, es posible afirmar que el mundo personal del autor se vio impregnado desde muy temprana edad por las historias e impresiones de la dinámica bananera de su región y que posteriormente estas también encontrarían el camino hasta su literatura de ficción.

García Márquez hizo de la rememoración de la masacre de 1928 y de otros numerosos episodios bananeros unos de los temas recurrentes en su producción literaria, desde su primera novela hasta las obras de su madurez. Por eso nos parece pertinente identificar cuál fue su particular manera de aproximarse y de criticar este episodio nacional en sus escritos

de ficción. Nuestra perspectiva se basa en la premisa de que la historia, o imagen del pasado de un individuo o un grupo social, ya sea en la forma de investigaciones historiográficas o versiones de la memoria colectiva, se encuentra presente en la literatura porque hace parte de los elementos con los que trabaja el novelista y con los cuales construye su universo epistemológico. El crítico uruguayo Ángel Rama reconoció esta interrelación entre literatura y las diversas esferas de la cultura, incluyendo la memoria colectiva y la producción historiográfica, diciendo que “la obra alude, refiere, contesta, dialoga y desarrolla otros sectores intelectuales que no son literarios, en la misma medida y paralelamente al cumplimiento de un decurso específicamente literario” (1991, p. 11).

Así, es esperable que los temas y episodios de la historia bananera de Colombia estén presentes en buena parte de la producción literaria garciamarqueana, no solo por la estrecha cercanía del escritor con la región en que se dio, sino también por las muchas preguntas, heridas y traumas que este momento histórico dejó en el Caribe colombiano y en el país.

En este estudio no solo queremos ubicar las obras y los momentos en la obra de García Márquez que aluden o discuten el episodio bananero, sino, y de modo más importante, queremos identificar cuál fue la posición crítica y el juicio ético-valorativo que el autor hizo desde la literatura sobre este momento de la historia de Colombia. Al hacer este análisis, asumimos que la literatura de ficción es una forma de tomar una posición ética y política frente a la realidad histórica y social, y que esta visión valorativa de parte del autor se refleja en la estructura y contenido de su producción estética.

Mijaíl Bajtín ha descrito este carácter ético-valorativo de la creación literaria y ha remarcado la concreción de esta evaluación axiológica en la forma que toma el material

narrativo. Para el teórico ruso la obra literaria tiene inherentemente una calidad evaluadora cognitiva y ética con respecto a la realidad de la vida, en lugar de ser su reflejo exacto o una fabulación completamente ficcional. En su *Teoría y estética de la novela* (1989), Bajtín reconoce la relación de la obra estética con el mundo en la medida en que aquella es la concreción individualizada de una posición del artista frente a la realidad, la cual conoce y valora en el trascurso de su experiencia vital y creativa:

La particularidad principal de lo estético, que lo diferencia netamente del conocimiento y del hecho, es su carácter receptivo, receptivo positivo: la realidad preexistente del acto estético, conocida y valorada por el hecho, entra en la obra (más exactamente en el objeto estético), donde se convierte en elemento constitutivo indispensable. En ese sentido podemos decir: verdaderamente, la vida no sólo se halla fuera del arte, sino también dentro de éste, en su interior, en toda la plenitud de su ponderación valorativa: social, cognitiva, política, etc. (...) La forma estética transfiere esta realidad conocida y valorada a otro plano valorativo, la somete a una unidad nueva, la ordena de una manera nueva: la individualiza, la concreta, la aísla y la concluye, pero no anula en ella lo conocido y valorado: este es el objetivo hacia el que se orienta la forma estética final. (1989, pp. 34-35)

El novelista moldea entonces una serie de elementos presentes en su entorno cultural, en su memoria personal y en la narración histórica de su país y los lleva a su producción literaria, reordenándolos, sintetizándolos y manifestando a través de esta producción estética una posición valorativa particular sobre el mundo de la realidad.

En el caso de la obra de García Márquez, pretendemos mostrar cómo el episodio de la producción bananera en el departamento del Magdalena es uno de esos elementos de la realidad con lo que el autor se relacionó de un modo crítico-estético en toda su producción literaria. Para ello se buscará identificar la valoración ideológica de García Márquez sobre

el episodio bananero tanto en los contenidos y temas de su prosa, como en la forma y estructura de esta.

Asumimos este análisis desde una perspectiva socio-cultural y por eso abordamos también las condiciones históricas y políticas en las que el escritor colombiano creó en su literatura una versión de la historia de la producción bananera en Colombia. Ninguna obra surge en el vacío y, por lo tanto, el conocimiento del contexto de producción es importante para entender el carácter cultural-histórico de la creación literaria. Analizar la relación crítica de la literatura con la historia en el caso particular de Gabriel García Márquez trasciende el solo campo de la crítica literaria y llega a ser un trabajo que nos permite usar su literatura como insumo para la reflexión histórica y para ofrecer una forma de comprensión de la realidad histórico-política del país; y creemos que precisamente uno de los objetivos buscados por el propio García Márquez al momento de escribir sus novelas fue motivar este tipo de reflexiones.

Al hacer esto, observaremos las novelas y cuentos como obras específicamente literarias, que si bien entran a dialogar con diversas esferas de la cultura, como la historia y la política, no se homologan con los discursos académicos o científicos, que son construcciones epistemológicas particulares diferentes de la literatura. Lo interesante de estudiar estas obras literarias no será, pues, comprobar en qué medida se alejan o se acercan a la “verdad” histórica del pasado del país, pues en ellas se puede encontrar desde un total reordenamiento o metaforización de tiempos, espacios y personajes, hasta la investigación minuciosa y el intento de mimesis de lo que la reconstrucción académica tiene para decir sobre el hecho. Para nuestro análisis, identificar en qué momentos el autor se acerca o aleja

de la reconstrucción historiográfica existente sobre el pasado servirá más para reflexionar sobre lo que quiere decir este reordenamiento narrativo particular que para ubicar los posibles falseamientos o tergiversaciones de la historia fáctica. Más rico y productivo nos parece entrar a estudiar de qué manera el autor presenta, evalúa y critica literariamente los sucesos históricos de las bananeras, los dota de una significación, los reordena en la forma y el contenido de sus novelas, y cómo esto representa una posición política-estética con respecto a los problemas de su región y su tiempo.

El trabajo del presente ensayo se centrará fundamentalmente en dos novelas: *La hojarasca*, de 1955, y *Cien años de soledad*, de 1967, que son las obras en las que más profusamente se tratan los pormenores de la producción bananera y la masacre de los trabajadores, pero también se harán referencias a algunos cuentos escritos por García Márquez a comienzos de la década de los sesenta y a una novela perteneciente a la última parte de su producción: *El amor en los tiempos del cólera*, de 1984.

El presente trabajo se organiza de la siguiente manera. En el primer capítulo presentamos una discusión sobre las relaciones entre literatura e historia, y repasamos algunas de las orientaciones analíticas que se han usado a la hora de leer a Gabriel García Márquez en relación con la historia. En esta sección presentamos un estado del arte sobre la crítica histórica e historiográfica de la obra del escritor colombiano y explicamos nuestra propia posición de análisis. En el segundo capítulo hacemos un repaso por la historia de la compañía United Fruit Company en el territorio colombiano, desde 1901 hasta 1964, examinando lo que la investigación académica ha podido determinar sobre las dinámicas de producción bananera, el impacto social y político de la compañía en el Caribe colombiano,

así como los pormenores de la huelga y masacre de trabajadores que se presentaron en la zona bananera del Magdalena durante noviembre y diciembre de 1928. En este mismo capítulo se hará referencia a la biografía de Gabriel García Márquez para comprender cómo en su experiencia vital la compañía bananera fue un contexto histórico y social ineludible.

En el tercer capítulo se entra a estudiar la aparición y tratamiento del tema de la compañía bananera en *La hojarasca*, primera novela de García Márquez. En el cuarto, se analizará cómo el autor colombiano trabajó y representó el mundo bananero como un espacio-tiempo particular que se hace presente tanto en una de sus últimas novelas, *El amor en los tiempos del cólera*, como en una serie de cuentos de principios de la década de los sesenta, que escribió antes de concretar su visión y su reconstrucción literaria del universo bananero en su obra culmen, *Cien años de soledad*, de 1967, que se estudiará detalladamente en el quinto capítulo de esta tesis.

Por último, se entregarán las conclusiones de nuestro análisis sobre el juicio valorativo que García Márquez hizo de la historia bananera colombiana y estas se compararán con algunos fragmentos de la autobiografía del escritor, *Vivir para contarla*, aparecida en 2002, para comprobar en qué medida existe relación entre la visión e interpretación literaria de la huelga y masacre bananera que se encuentran en sus obras de ficción y las reflexiones expresadas en su autobiografía, una obra sin duda *sui generis* que se mueve entre varios géneros: las memorias, la recordación histórica y la fabulación ficcional.

## **1. GARCÍA MÁRQUEZ: UNA LECTURA DE LA HISTORIA DE COLOMBIA**

En este capítulo se hace un esbozo de cómo la crítica literaria ha analizado la relación entre literatura e historia y cómo esta relación ha sido pensada en América Latina en el siglo XX. Específicamente nos interesa identificar la manera en que la obra de Gabriel García Márquez (y de modo extendido la de la nueva narrativa latinoamericana) ha abordado la tarea de contar y criticar la historia de su país, y mostrar por qué esta narración literaria puede considerarse válida como una forma de reflexión sobre el sentido del pasado nacional, específicamente en lo referente a la dinámica de la producción bananera en la primera mitad del siglo XX y a las consecuencias de la huelga y masacre de 1928.

Posteriormente, se presenta una muestra de las diversas formas de crítica que se le ha hecho a la obra de Gabriel García Márquez y a su manera de tratar y presentar una versión de la historia de Colombia. Con este ejercicio buscamos identificar cuáles han sido las principales corrientes analíticas desde las que se ha trabajado la relación literatura-historia en García Márquez para alimentar nuestra propia interpretación.

## 1.1 La novela y la historia

En cierta medida, la mayoría de las novelas que han sido escritas han tratado sobre temas históricos, ya sea porque han representado en sus páginas acontecimientos del pasado o han tratado sobre fuerzas sociales que han afectado la vida de millones de seres humanos. No obstante, las maneras de trabajar los elementos históricos en la literatura han sido muy variadas: desde la aparición explícita, con nombres, fechas y topónimos, de hechos pasados comprobables en un cotejo directo con la historiografía o con la memoria colectiva, hasta el enmascaramiento de estos referentes detrás de personajes, tiempos y lugares completamente ficticios.

La comprensión teórica de esta relación entre historia y literatura tomó fuerza con el estudio *La novela histórica*, de Georg Lukács, de 1954, en el que el teórico húngaro certifica el nacimiento de esta forma literaria -que no género- en la producción de Walter Scott a comienzos del siglo XIX. A pesar de que desde hacía varios siglos se habían ambientado dramas en escenarios y tiempos lejanos, Lukács afirma que solo hasta el siglo XIX, la novela fue realmente histórica al operar un verdadero traslado al pasado, dándole a los personajes una mentalidad y motivaciones propias de otro tiempo, en lugar de trasplantar tramas del presente a un contexto pasado. Es decir, la novela es histórica en la medida en que la historia sea protagonista y determine las acciones de los personajes y no se tome solo como ambientación exótica.

En su análisis de la novela histórica, Lukács la equipara a la novela realista decimonónica y la prefiere apegada a los hechos reales del pasado pero con un protagonista ficticio que funcione como concreción poética de las tendencias y hechos de su respectivo

tiempo. Esta visión de la novela reafirmó una de las características más inamovibles de la llamada “novela histórica”, a saber, que las novelas que tratan sobre la historia deben ser realistas y basarse en su mayor parte en hechos comprobables, así contengan elementos ficticios menores. Esta forma de novela histórica, que privilegia la historia por encima de la novelización, fue la manera de representar literariamente el pasado que imperó en gran parte de la novela histórica de los siglos XIX y XX.

En América Latina, la novela que ha tratado sobre temas históricos siguió un derrotero similar a la novela realista europea durante muchos años. María Cristina Pons, en su estudio *Memorias del olvido. La novela histórica de finales del siglo XX* (1996), asegura que durante los períodos de la novela romántica, modernista y criollista latinoamericanas de finales del siglo XIX y comienzos del XX se mantuvo esta herencia propia de la tradición europea al momento de tratar las alusiones a la historia, y que esta tendencia narrativa se vio acompañada por la ausencia de una delimitación teórica clara en el campo de la crítica literaria sobre las formas e innovaciones que ha tenido la novela histórica en América Latina.

A finales del siglo XX, algunos críticos como Ángel Rama y Seymour Menton reeditaron la discusión sobre el tratamiento de la historia en la literatura al reconocer un cambio en la manera de representar la historia en la novelística latinoamericana a partir de la segunda mitad del siglo. Menton, en su libro *La nueva novela histórica en América Latina* (1993), reconoce la aparición de algunas novelas, empezando por *El siglo de las luces* (1949) de Alejo Carpentier, en las que la historia se empezó a tratar de un modo distinto a la tradición realista decimonónica, ya que se abandonó el afán realista y se

privilegiaron nuevas formas imaginativas al momento de entender el pasado y ordenar la narración de los hechos. Entre las nuevas libertades tomadas por los novelistas para reconstruir la historia, Menton identifica: la presentación de ideas sobre la historia más que reproducciones miméticas del pasado; la distorsión consciente de la historiografía; la metaficción, o discursos sobre la propia escritura; la intertextualidad; y la presencia de lo carnavalesco y dialógico en la representación de la realidad histórica (p. 26).

Sin embargo, apoyándose en una definición de Enrique Anderson Imbert, que dice que las novelas históricas son las que “cuentan una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista”, Menton excluyó de su listado de “nuevas novelas históricas” latinoamericanas la mayor parte de la producción de los escritores de la “nueva narrativa latinoamericana”, conocida por otros como la generación del *boom*, porque esta trata sobre temas que eran en muchos casos contemporáneos a los propios novelistas.

Por su parte, María Cristina Pons descartó del grupo de novelistas históricos recientes a autores como Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes o Juan Rulfo, porque, según ella, en varias obras estos abandonan el tiempo histórico propiamente dicho, para favorecer “dimensiones míticas extraespaciales y extratemporales a la singularidad y temporalidad histórica”, mientras que la novela histórica, por su parte, “no sólo maneja el tiempo histórico, y no así el tiempo abstracto del mito o la dimensión transhistórica del pasado, sino que también resalta la particularidad y singularidad del acontecer histórico (incluso lo regional) más que la universalidad del lenguaje del mito”. (p. 101)

Para nosotros, las posiciones de Menton y Pons sobre la necesidad de que los novelistas traten sobre épocas anteriores a su propio nacimiento, por un lado, y a la existencia de un

tiempo y un pensamiento histórico contrapuesto al tiempo y pensamiento míticos, por el otro, como condiciones para que sus obras puedan ser consideradas propiamente históricas, parecen reproducir cuestionables concepciones respecto a la historia y la historiografía, según las cuales hay que esperar un tiempo prudencial para empezar a analizar un hecho del pasado y en las que el pensamiento histórico solo puede reconocer un tiempo que viene de atrás y avanza hacia adelante.

Pensamos que no hay nada tan histórico como la imagen del pasado que se pone en evidencia en un momento particular de la sociedad, y que por tanto la concepción de un posible tiempo “ahistórico” o “mítico” en la literatura latinoamericana es justamente la expresión de una visión particular sobre la historia.

A este respecto, Carlos Fuentes, en su libro *La nueva novela hispanoamericana*, de 1969, asegura que precisamente el acierto de la nueva narrativa latinoamericana al contar la historia del continente es su capacidad de síntesis al combinar los diferentes elementos que constituyen la compleja realidad del continente. En este sentido, la literatura de algunos de los narradores aparecidos en América Latina a mediados del siglo XX tiene la virtud de mezclar lo culto con lo popular, lo mítico con lo histórico, así como el pasado, el presente y el futuro en su representación literaria. Por ejemplo, al referirse al manejo del tiempo particular que hace Gabriel García Márquez, Fuentes intenta responder una pregunta recurrente a la hora de analizar su obra:

¿Niega el mito, como insiste Philip Rahv, a la historia? Sí, a la historia muerta, opresora, fáctica, que García Márquez deja atrás para situar, dentro de una novela, el triple encuentro del tiempo latinoamericano. Encuentro del pasado vivo, matriz

creador, que es tradición de ruptura y riesgo (...) Encuentro del futuro deseado (...) Encuentro del presente absoluto en el que recordamos y deseamos. (p. 65)

La aproximación estética a la historia que hace García Márquez permitiría justamente dar luz sobre lo real a partir del reordenamiento artístico de elementos dispersos y aparentemente contradictorios. Allí radica el poder de su representación literaria de la historia. Según Fuentes: “Esta liberación, a través de la imaginación, de los espacios simultáneos de lo real es, para mí, el hecho central de la gran novela de Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*”. (p. 58)

El propio Gabriel García Márquez se ha referido en varias ocasiones a cómo en su obra el concepto de “realidad” trasciende las fronteras existentes entre lo histórico y lo mitológico, y busca presentar una visión mucho más comprehensiva sobre la realidad de su sociedad. En una entrevista concedida en 1971 a Ernesto González Bermejo, el escritor aseguraba:

Mira, lo que pasa es que se me abrió una idea más clara del concepto de realidad. El realismo inmediato de *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora* tienen un radio de alcance. Pero me di cuenta que la realidad es también los mitos de la gente, es las creencias, es sus leyendas; son su vida cotidiana e intervienen en sus triunfos y en sus fracasos. Me di cuenta que la realidad no era solo los policías que llegan matando gente, sino también toda la mitología, todas las leyendas, todo lo que forma parte de la vida de la gente y todo eso hay que incorporarlo. (p.53)

Sobre este tema, el crítico uruguayo Sergio Benvenuto, en su análisis sobre *Cien años de soledad*, aparecido en la publicación de Casa de las Américas *Recopilación de textos sobre Gabriel García Márquez* (1969), asegura que: “El abordaje mitológico del mundo subhumano es por eso la versión más realista concebible de la dimensión campesina

aldeana, finalmente urbana -simple edición de lujo de la aldea-, y de una misma invencible fatalidad: la enajenación latinoamericana” (169).

En esta forma de mirar el tratamiento literario propio de Gabriel García Márquez, las resonancias mitológicas de la construcción narrativa no la descartarían como discurso histórico, sino todo lo contrario, pues en la misma empresa estética de presentar una historia de pestes bíblicas, acciones cíclicas y destinos trágicos propia de *Cien años de soledad*, habría una poética de interpretación de la historia.

De igual manera, la idea de que el tiempo de la novela de García Márquez se contrapone a un tiempo histórico es controvertida por posiciones como las de Tulio Halperín Donghi, quien en su participación en el estudio *Más allá del boom: literatura y mercado*, de 1984, reconoce que la literatura de mediados de siglo en América Latina, en especial la de Gabriel García Márquez, propone nuevas maneras de entender el tiempo histórico que se alejan de la concepción del tiempo lineal y acumulativo. Al respecto, el historiador y crítico literario dice que “frente a esa visión histórica en proceso de agotamiento se abren en verdad varias alternativas. Está desde luego la que se apoya en un proceso temporal no acumulativo, en que el fin se encuentra con el principio: es -se sabe- la que domina *Cien años de soledad*”. (p. 152)

Es por esto que nos parece que la literatura de la nueva narrativa latinoamericana, en particular la de García Márquez, es una literatura que se puede considerar en propiedad “histórica”, no solo porque trató sobre acontecimientos y personajes que marcaron la historia de América Latina, sino porque su construcción espacio temporal dentro de la

novela (en ocasiones fantástica o mitológica) es en ella misma una interpretación y una valoración sobre la historia.

Para leer entonces la literatura de Gabriel García Márquez a la luz de la historia, no nos parece impedimento que trate sobre temas que hayan ocurrido durante la vida del propio autor ni que aparentemente se remita a tiempos y espacios míticos o visiones no acumulativas del tiempo, pues se puede decir que en estas operaciones radica gran parte de su posición específica respecto a la historia.

## **1.2. Leer historiográficamente a García Márquez**

Especialmente desde la aparición de *Cien años de soledad* los críticos han reconocido como evidente la presencia de temas históricos en la obra de Gabriel García Márquez, en particular debido a su insistencia en la recordación de las infaustas guerras civiles del siglo XIX y en su polémica reconstrucción de la huelga y masacre de las bananeras de 1928, y desde que apareció la novela se han hecho numerosos estudios que enfatizaron el trasfondo socio-histórico de su literatura. Fueron muchos los críticos que leyeron a García Márquez en relación con la historia, desde el seminal estudio *Historia de un deicidio* de Mario Vargas Llosa, en 1971, que identificaba los “demonios históricos” detrás de la ficción, hasta obras como *Constante de la historia latinoamericana en García Márquez*, del crítico colombiano Gustavo Alfaro, de 1979, donde se instauraba la novelística del cataquero como la nueva historiografía del continente y se auguraba la redención política de los pueblos gracias a su lectura.

Una de las corrientes interpretativas más fuertes y recurrentes a la hora de leer históricamente a Gabriel García Márquez ha sido tratar de encontrar en qué medida su obra se aleja o se acerca a los hechos y personajes reales de su región o del país. Esta forma de análisis se ha hecho particularmente frecuente al momento de estudiar su narración sobre la producción bananera en la costa colombiana y, sobre todo, de la huelga y masacre de 1928. Debido a la incertidumbre que rodeó desde un primer momento lo sucedido en Ciénaga el 6 de diciembre de 1928 y a la ausencia de pruebas documentales o investigaciones exhaustivas sobre los pormenores de la huelga y la masacre de los trabajadores, cuando apareció *Cien años de soledad*, en 1967, dando una versión tan particular de lo sucedido así como una cifra de víctimas fatales que excedía en mucho los números que hasta el momento se habían manejado, diversos sectores intelectuales y sociales se acercaron a la novela y la interrogaron tratando de extraer de ella los datos o la narración que no había ofrecido satisfactoriamente la historiografía. Así, la novela fue usada para describir lo sucedido en la zona bananera del Magdalena durante 1928 e historiadores como Álvaro Tirado Mejía y Daniel Pécaut le cedieron la palabra a varias páginas de *Cien años de soledad* al momento de narrar la historia de Colombia en el siglo XX en sus obras *Introducción a la historia económica de Colombia* (1971) y *Orden y violencia* (1987).

Para cuestionar este uso historiográfico que se le había venido dando a la novela de Gabriel García Márquez, el historiador Eduardo Posada Carbó publicó en 1991 un controversial artículo llamado “Literatura como historia: García Márquez y las bananeras”, en el que le hizo un severo juicio a la versión según la cual la masacre de Ciénaga fue de una altísima gravedad y sintomática de la naturaleza represiva del régimen conservador en

el poder en ese momento y que, según él, se ha alimentado principalmente de la divulgación que ha tenido la novela de Gabriel García Márquez. Para hacer esto, analiza las fuentes existentes sobre el suceso para llegar a una versión menos dramática que la que muestra la literatura, y cita al propio García Márquez admitiendo que la cifra de muertos en la masacre de su novela es invención propia (p. 3). En su artículo, afirma Posada que su intención “no es cuestionar el uso que hace García Márquez de la historia en la novela”, sino “cuestionar el uso que se hace de *Cien años de soledad* como fuente histórica” (p. 4). Es decir, su análisis no es propiamente literario pues su intención no es estudiar cómo construye García Márquez su narración sino, desde el terreno de la historiografía, desacreditar la interpretación y los datos que se presentan en la novela, como el número de muertos que da como producto de la masacre y que, según Posada, es “la cifra aceptada como verdad histórica en Colombia”. El artículo de Posada creó una fuerte polémica después de su aparición en algunos sectores nacionales (especialmente aquellos que ven como un deber de memoria divulgar la gravedad de los incidentes de la huelga y masacre de las bananeras) por su insistencia en querer reescribir la historia del episodio de las bananeras “sin héroes ni villanos” (p. 19). Sin embargo, para nuestro estudio, lo que nos parece más cuestionable es que el artículo se convirtió en un ejemplo reconocido de análisis histórico de la literatura, y desde su aparición buena parte de la discusión sobre *Cien años de soledad* y la masacre de las bananeras ha girado en torno a qué tanto hay de verdad y qué tanto de invención en la obra de García Márquez, lo que puede llevar a un desconocimiento del carácter particular de obra la artística, la cual reordena y presenta los sucesos históricos de un modo diferente a la historiografía.

### 1.3 La literatura como interpretación

A finales de la década de los setenta, la investigadora Lucila Inés Mena fue una de las primeras en estudiar la cualidad histórica de *Cien años de soledad*, en su obra *La función de la historia en Cien años de soledad* (1979). En esta obra, la autora dedica buena parte de su estudio a corroborar cómo la descripción histórica que se encuentra en su literatura se corresponde coherentemente con los hechos tal y como sucedieron o a comprobar que el autor realizó una investigación seria para novelarlos, e intenta identificar los sucesos y las personas reales que están detrás de las escenas y los personajes de la novela (Rafael Uribe Uribe detrás del coronel Aureliano Buendía, Jorge Eliécer Gaitán detrás del último de los hijos del coronel, la Violencia detrás del vendaval que arrasa Macondo en *Cien años de soledad...* etc.). Esta lectura comparada entre literatura e historia, buscando los puntos de similitud o de distanciamiento, es un primer paso necesario para reconocer el carácter histórico que hay detrás de personajes y narraciones que pueden parecer meramente ficcionales, lo que ayudaría a un posterior proceso de análisis del *sentido* de esa reconstrucción literaria de la historia. Mena reconoce que “*Cien años de soledad*, además de ser una novela que proporciona una interpretación de la historia de Hispanoamérica en general, y de Colombia en particular, es también una novela que cuestiona la naturaleza, el significado y el objeto de la historia” (199). En su análisis de la obra, la autora encuentra que el objetivo de García Márquez parece ser trabajar sobre los sucesos históricos colombianos para construir con ellos una narración mitológica, que sería la que revela mejor el carácter circular y arquetípico de nuestra historia.

Años después, el crítico británico Gerald Martin en su artículo “On “magical” and social realism in García Márquez” (1987), diría que *Cien años de soledad* “no es acerca de la historia y el mito, sino acerca de los mitos de la historia y su desmitificación”. Es decir, Para Martin en el fondo la narración de García Márquez no tendría como función reorganizar la historia colombiana en una narración mitológica sino mostrar cómo en la realidad social se construyen mitos sobre el pasado de los pueblos y cómo las personas (o los personajes) creen y reeditan esos mitos sin cuestionarlos o cambiarlos. *Cien años de soledad* tendría, según esta interpretación, un carácter subversivo en su interpretación de la historia, y su insistencia en metaforizar la historia del continente con elementos fantásticos y mitológicos sería una estrategia para revelar su falsedad y acabar con la vivencia inconsciente e ignorante del propio tiempo histórico. Dice Martin:

(...) tal vez lo que la novela está diciendo es que la vida de América Latina es un sueño (la “irrealidad” e “inautenticidad” impuestas por casi quinientos años de colonialismo) y que cuando un sueño se convierte en una pesadilla permanente probablemente es momento de despertar. (p. 104)

Esta manera de analizar la relación entre literatura e historia o, más específicamente, entre literatura y escritura de la historia en la obra de García Márquez como un discurso subversivo (que ofrece otra versión) ha tenido en los últimos años algunos interesantes representantes. En esta corriente de análisis se ha estudiado la narrativa de García Márquez como un discurso creado desde la literatura de ficción, sin que eso le quite validez dentro del debate epistemológico y político, que busca contradecir y cuestionar el relato

historiográfico nacional de Colombia, contra el cual García Márquez se habría enfrentado para ofrecer una nueva e incluyente versión de la historia nacional.

Por ejemplo, el profesor colombiano Nelson González Ortega, en su obra *Colombia. Una nación en formación en su historia y su literatura (siglos XVI-XXI)* (2013) sostiene que la obra de Gabriel García Márquez ha venido a cuestionar el discurso hegemónico que los intelectuales cercanos al poder han implantado como base de la nación colombiana desde el mismo período de la Colonia.

Desde nuestra óptica, las oposiciones ideológicas derivadas del discurso de García Márquez implican que a la versión oficial de la historia, inventada por los intelectuales oficiales de Colombia y articulada en textos escolares, el escritor colombiano opone una versión ficcional de la historia, caracterizada por una marcada intención de cuestionar y revisar el poder institucional que alcanzó hasta aproximadamente la década de 1950 el discurso historicista (i.e., historia literaria e historiografía estatal de Colombia. (2013, p. 231)

En el estudio de González Ortega se analiza cómo García Márquez muestra en su obra la intención de presentar su narrativa como un discurso con plena validez que pueda convencer al lector de una interpretación diferente de la historia de Colombia. Para hacer esto, el crítico identifica el repertorio retórico usado por el novelista (uso de recursos narrativos que emulan el discurso periodístico, historiográfico y oral) para construir a partir de su literatura un relato nacional que es contradictorio de los grandes relatos nacionales.

Hacia esta perspectiva también se orienta el reciente trabajo de Ana Cristina Benavides (2014), quien en su obra *La soledad de Macondo o la salvación por la memoria* argumenta que Gabriel García Márquez ha realizado a través de su literatura la acción de darle voz a aquellos que por uno u otro motivo han sido relegados por los discursos del progreso y la

modernidad (los “apestados de la historia” como los llama la autora), y cómo su obra se ha erigido como un especie de “versión alternativa” de la historia de América Latina que busca interlocutores en el exterior que nos ayuden a salir de la condición de soledad y aislamiento.

Estas formas de aproximación analítica a la obra de García Márquez parecen devolverle el carácter contestatario que la obra del cataquero tuvo, especialmente en la década de 1970, cuando se quería ver en ella una especie de nueva historia del continente. En la actualidad no parecen existir pretensiones positivistas sobre el carácter de verdad de esta narración, sino que se le quiere dar al discurso literario de García Márquez un estatus epistemológico particular como expresión de la periferia nacional, en contraposición a una historia oficial excluyente.

Estos estudios, que van muy en la línea de los recientes estudios culturales que se han dedicado a estudiar las expresiones de la marginalidad, han centrado su análisis en la construcción discursiva de la obra de García Márquez, pero no se han dedicado a explorar exhaustivamente ningún episodio histórico particular tratado en su obra literaria. Si bien han ejemplificado la estrategia discursiva del narrador colombiano en los diversos momentos en los que su obra alude a temas como las guerras civiles, la producción bananera, y la relación entre el centro administrativo nacional y la lejana población de Macondo, no se han dedicado, como hace el presente trabajo, a uno solo de ellos, y su énfasis ha estado en las implicaciones políticas, de por sí grandes, que tiene la literatura en la construcción discursiva del nacionalismo.

#### 1.4 García Márquez para pensar el presente

Georg Lukács, al estudiar la novela histórica del siglo XIX, afirmó que la relación del escritor con la historia revela la “relación del escritor con los problemas de su propia sociedad”. Es decir, igual que se escribe historia para entender el presente, se ha escrito literatura de temas históricos para el mismo cometido. El crítico argentino Noé Jitrik llega a la misma conclusión en su libro *Historia e imaginación literaria* (1995) e identifica que existen dos realidades que se hacen presentes dentro de la novela histórica: el “referente”, que sería el tiempo o suceso pasado al que se refiere la ficción, y el “co-texto”, que se puede leer como el momento histórico desde el cual se escribe sobre lo pretérito. Para Jitrik, ambos tiempos entran en la narración, y por eso se puede decir que “la novela histórica intenta, mediante respuestas que busca en el pasado, esclarecer el enigma del presente” (p. 19). Por esto, el estudio de la novelística de García Márquez no solo es una manera de aproximarse a una interpretación de lo sucedido en Colombia en los últimos siglos, sino un modo de ahondar en la relación entre el escritor y su propio tiempo.

Esta consciencia histórica expresada a través de la literatura sigue siendo una poderosa forma de comprensión de la realidad nacional que le tocó en vida a Gabriel García Márquez. Y aún hoy, en el comienzo de un nuevo siglo, pensamos que muchas de estas reflexiones son útiles, porque muchos de los temas neurálgicos de su obra todavía son asuntos que incumben y preocupan al país, como las tensiones producidas por la implantación de modelos explotadores de compañías extranjeras en el territorio nacional. La literatura de Gabriel García Márquez ofrece, entonces, una reflexión política que nos permite también entender el presente al tiempo que nuestra historia.

## **2. LA UNITED FRUIT COMPANY Y EL CARIBE DE GARCÍA MÁRQUEZ**

En este capítulo se hace un recorrido historiográfico por la llegada, instalación y consolidación de la empresa norteamericana United Fruit Company en la costa norte colombiana, así como una descripción de la dinámica de producción que instauró en la región. También se presenta lo que la investigación histórica ha alcanzado a divulgar sobre la huelga de los trabajadores bananeros a finales de 1928 y el resultado violento de las tensas relaciones entre los trabajadores, la compañía y las autoridades colombianas que desembocaron en la “masacre de las bananeras”.

La historia de la familia de Gabriel García Márquez se inserta dentro de esta narración pues estos llegaron y habitaron en la zona bananera del Magdalena en el mismo momento en que se desarrolló el esplendor de esta industria en la región y la infancia del futuro escritor transcurrió en medio de un ambiente dominado por la presencia de la compañía y el recuerdo de la masacre de 1928. Este repaso por la historia personal de García Márquez y por la historia del Caribe colombiano nos permite entender mejor los elementos históricos y sociológicos con los que el escritor se relacionó al momento de producir las obras literarias que posteriormente analizaremos.

## 2.1 Tras el vellocino de oro

Aunque el banano llegó a América casi al mismo tiempo que los conquistadores europeos en el siglo XVI e hizo parte de la dieta en varias regiones del continente por más de dos siglos, no fue sino hasta finales del siglo XIX que se empezó a considerar como un producto con posibilidades económicas de exportación. Los adelantos en el transporte y la refrigeración, así como el crecimiento de la demanda del producto en Estados Unidos y Europa que se dio desde mediados del XIX hicieron que la posibilidad de sembrar y exportar la fruta luciera muy atractiva para varios productores colombianos.

La región del departamento del Magdalena, en la costa norte de Colombia, ofrecía grandes ventajas geográficas para este cultivo, por el caudaloso torrente de ríos que bajan de la Sierra Nevada, ideales para el riego de grandes cultivos, así como por la cercanía al puerto de Santa Marta y al mar Caribe. Por este motivo ya desde la década de 1880 varios hacendados locales decidieron ensayar la siembra y exportación de banano desde la región que desde entonces se empezaría a conocer como “zona bananera del Magdalena”. En 1887 hay noticias del inicio del cultivo de la fruta en el Magdalena, que se dio en la finca *La Lucía*, del samario José Manuel González, al mismo tiempo que se inauguraba el primer tramo del ferrocarril ente Santa Marta y Ciénaga para facilitar el transporte del producto. Y en 1889 se registró el primer envío de un cargamento de la fruta desde Santa Marta a Nueva York. (Herrera Soto, p. 6).

Sin embargo, estas primeras tentativas de una producción local y de la construcción de infraestructura por parte de nacionales se vieron postergadas por la llegada de la compañía norteamericana United Fruit Company, que desde comienzos de siglo se posicionó como la

dueña y señora del banano en Centroamérica y el Caribe. La United nació en Boston en 1899 tras la fusión de tres grandes empresarios: Lorenzo Dow Baker, dueño de una flota mercante que comerciaba productos entre el Caribe y los Estados Unidos, Andrew Preston, banquero bostoniano, y Minor Cooper Keith, que había hecho fortuna construyendo ferrocarriles en Centroamérica. Como las concesiones conseguidas por Keith incluían varios kilómetros a lado y lado de la vía ferroviaria, este decidió que el mejor modo de usar este terreno era sembrar bananos, lo cual, con el apoyo de la flota de Dow Baker y con las grandes ventajas que conseguía con los gobiernos latinoamericanos, algunas veces con modos no muy limpios, le aseguraban una excelente posición en un negocio en crecimiento. (Fonnegra, 1979)

La United Fruit llegó a Colombia en 1901, cuando el país todavía estaba en medio de la Guerra de los Mil Días y empezó a actuar a través de la Colombian Land Company, propiedad de Minor Cooper Keith, y a penetrar en el departamento del Magdalena. En los años siguientes, la United empezó a comprar las otras empresas que venían adelantando la siembra y exportación del banano y, finalmente, con varios decretos administrativos dictados durante el gobierno del presidente Rafael Reyes (1904-1909) la United recibió grandes beneficios como la exención de impuestos durante veinte años, la adjudicación de 10.000 hectáreas de baldíos y derechos sobre el uso del agua en la zona bananera, lo que la posicionó como la principal productora de banano en el Caribe Colombiano. Para 1910, la United controlaba el 77 % del mercado mundial del banano y tenía una importante presencia en Colombia. (Judith White, 1978)

En ese mismo año llegó a la zona bananera del Magdalena el coronel Nicolás Márquez, excombatiente de los ejércitos del Partido Liberal durante la reciente guerra civil, junto con Tranquilina Iguarán, su esposa, y Luisa Santiago Márquez, su hija. La familia, originaria del municipio de Barrancas, Guajira, llegó al Magdalena atraída, como los otros miles de migrantes que llegaron a la región, por las posibilidades económicas que el banano parecía ofrecer. (Saldívar, p. 41)

En ese momento la United parecía una gran oportunidad para los habitantes de la región, especialmente para los medianos y grandes propietarios, quienes recibían abultados préstamos de la empresa norteamericana y podían venderle toda su producción a la misma (aunque en condiciones desventajosas, como la cláusula que estipulaba que si sus bananos se dañaban, estos no serían comprados por la United pero el productor local no podía vendérselos a nadie más). También los trabajadores raso veían con entusiasmo el dominio de la empresa extranjera pues, si bien esta nunca los contrataba directamente, podían trabajar para ella a destajo durante varias temporadas del año en la limpia de los terrenos, la siembra de los cultivos y la recolección de banano. Esta situación hizo que a la zona bananera del Magdalena llegaran personas de toda Colombia y de varios lugares del mundo, atraídos por los encantos del “oro verde”.

El coronel Márquez llegó también a la región en busca de estas posibilidades, pero algunos errores comerciales (comprar una tierra que resultó inútil para el cultivo) le impidieron integrarse a la dinámica bananera como pequeño productor abastecedor de la United. En lugar de esto, y por intermedio del general José Rosario Durán, un antiguo compañero de armas que se había convertido en el “cacique” político de la región, Nicolás

Márquez trabajó durante muchos años en varios puestos burocráticos, principalmente como tesorero municipal de Aracataca (Saldívar, p. 54). Es decir, la familia de Gabriel García Márquez llegó a la zona bananera del Magdalena atraída también por la bonanza del banano, pero este esplendor no significó para ella el enriquecimiento fácil y rápido que a muchos prometió y que a pocos concedió, y los Márquez Iguarán tuvieron que sobrevivir solo con los ingresos burocráticos del patriarca de la familia.

Las esperanzas de movilidad social del coronel Márquez en el contexto de la zona bananera sufrieron un nuevo revés cuando su hija Luisa Santiaga decidió casarse con el telegrafista de Aracataca, Gabriel Eligio García, en contra de los propósitos de su padre de encontrar para ella un mejor partido. De esta unión nació Gabriel García Márquez, el 6 de marzo de 1927, a quien dejarían al cuidado de sus abuelos hasta los 9 años en su natal Aracataca, mientras sus padres vivían en Barranquilla. La temprana infancia del futuro escritor transcurrió entonces en medio de un mundo en el que la United Fruit Company dominaba todo el panorama de su región. De la “Yunai” (como llamaban los lugareños a la empresa) eran los comisariatos o tiendas en las que los trabajadores podían cambiar los bonos que recibían por su trabajo por productos importados, y donde el pequeño conoció el hielo de la mano de su abuelo Nicolás; para la United trabajaban los nativos y forasteros que llegaban a su casa y que bien podían venir de otras partes de la costa colombiana o de Italia, Alabama o Jamaica; y a la United estaba consagrada la producción de las fincas circundantes a Aracataca, entre las que se encontraba una con el nombre de Macondo, que García Márquez después usaría como topónimo del pueblo que construiría en su literatura. (Martin, 2009, pp. 75-78)

Muchos años después, en sus memorias *Vivir para contarla*, García Márquez dará una descripción pormenorizada de su infancia bajo el imperio de la United Fruit Company en el Magdalena, con todos los personajes y paisajes que lo caracterizaban:

Cuando Papalelo me llevaba al flamante cine Olympia de don Antonio Daconte yo notaba que las estaciones de las películas de vaqueros se parecían a las de nuestro tren. Más tarde, cuando empecé a leer a Faulkner, también los pueblos de sus novelas me parecían iguales a los nuestros. Y no era sorprendente, pues éstos habían sido contruidos bajo la inspiración mesiánica de la United Fruit Company, y con su mismo estilo provisional de campamento de paso. Yo los recordaba todos con la iglesia en la plaza y las casitas de cuentos de hadas pintadas de colores primarios. Recordaba las cuadrillas de jornaleros negros cantando al atardecer, los galpones de las fincas donde se sentaban los peones a ver pasar los trenes de carga, las guardarrayas donde amanecían los macheteros decapitados en las parrandas de los sábados. Recordaba las ciudades privadas de los gringos en Aracataca y Sevilla, al otro lado de la vía férrea, cerradas con mallas metálicas como enormes gallineros electrificados que en los días frescos del verano amanecían negras de golondrinas achicharradas. (p. 27)

## **2.2 Historia de una ignominia**

Para 1928, un año después del nacimiento de García Márquez, la situación en la zona bananera del Magdalena mostró el lado oscuro de la bonanza. A pesar de que seguía empeñada en no reconocerlos como trabajadores vinculados a ella, la United Fruit Company tenía a su cargo una mano de obra que se ha calculado entre 25.000 y 40.000 trabajadores que laboraban en medio de las condiciones más deplorables sin ningún respaldo de la empresa. La movilización social que agitaba a Colombia durante los últimos años de la década de 1920 también llegaría a la zona bananera, y varios líderes del recientemente fundado Partido Socialista Revolucionario, como María Cano, Raúl Eduardo Mahecha y Alberto Castrillón adelantaron un fuerte trabajo de adoctrinamiento dentro de

los ya existentes sindicatos de la zona, como la Unión Sindical de Trabajadores del Magdalena (LeGrand, 1989).

El resultado del descontento social y de la organización sindical fue un pliego de peticiones que los trabajadores organizados presentaron a la United el 6 de noviembre de 1928 y la declaratoria de huelga general decretada el 12 del mismo mes tras la negativa de la compañía a negociar. El gobierno colombiano, bajo el mando del presidente conservador Miguel Abadía Méndez, decidió tratar el problema sindical como una alteración al orden público y envió al general Carlos Cortés Vargas a manejar la situación al mando de tres regimientos de soldados. Durante el siguiente mes se sucedieron varios enfrentamientos menores entre los huelguistas y la fuerza pública hasta que el 5 de diciembre la situación degeneró hacia la violencia. Ese día los trabajadores y muchos otros habitantes de la región se reunieron en la estación del ferrocarril del municipio de Ciénaga preparando una manifestación multitudinaria para el siguiente día con rumbo hacia Santa Marta. Esa noche el Ejército llegó a la estación con la orden de evacuarla pues la zona bananera había entrado en estado de sitio y se prohibía la reunión de más de tres personas. Ante la negativa de la manifestación de dispersarse, los soldados abrieron fuego en la madrugada del 6 de diciembre. (Cortés Vargas, 1979)

En los días posteriores a la masacre en la estación de Ciénaga, el Ejército inició una amarga persecución por toda la zona bananera contra los principales líderes de la protesta que también dejó un número desconocido de víctimas fatales. Además, durante los tres meses siguientes el general Cortés Vargas ofició como jefe civil y militar de la Provincia de Santa Marta y tuvo control total sobre la región. El saldo total de muertos por la masacre de

las bananeras nunca fue conocido completamente, y las cifras han oscilado entre los 47 muertos reconocidos por el gobierno colombiano durante todo este período y cifras que hablan de más de 2.000 víctimas fatales (Herrera, 1979, p. 73).

### **2.3 Revivir para contarla**

Al momento de la huelga y masacre de las bananeras, Gabriel García Márquez tenía poco más de un año y permanecía en Aracataca al cuidado de su abuelo Tranquilina y su abuelo Nicolás, quien también tuvo una parte activa durante el desarrollo de los acontecimientos pues actuó como mediador entre los huelguistas y el gobierno (Martin, 2009, p. 69). El general Carlos Cortés Vargas mencionó posteriormente al coronel Márquez en su libro *Los sucesos de las bananeras* (la versión oficial de la huelga y la masacre, publicado en 1929) como tesorero de Aracataca y como hombre que podía dar fe de la buena actuación del gobierno interino del general. Es fácil imaginar la frustración y descontento que debió sentir el coronel Márquez ante la situación a la que se vio abocado: como antiguo revolucionario liberal no debía tener en buena estima a los representantes del gobierno conservador en la región, y mucho menos después del actuar del Ejército con los huelguistas, pero como funcionario público debía estar a las órdenes del general enviado por el presidente durante el estado de sitio.

En los dos años posteriores a la huelga y masacre el trabajo de la United continuó sin modificaciones en la zona bananera del Magdalena. Es más, según Guzmán y Botero (1977), en 1929 y 1930 se dan las mayores cantidades de banano exportado desde la llegada

de la compañía al Magdalena. Sin embargo, después de ese momento la United Fruit Company entró en un período de crisis general: durante la década de 1930 se vio afectada por la crisis económica que sacudió al mundo y en 1940 se vio obligada a detener sus operaciones por el inicio de la Segunda Guerra Mundial, lo que hizo que se cancelaran los pedidos de banano desde Europa y que poco después se viera obligada a poner su flota a disposición del gobierno de EE.UU. Finalmente, la empresa regresó a Colombia en 1948, y esta vez realizó sus operaciones bajo el nombre Empresa Frutera de Sevilla hasta 1964, cuando volvió a retirarse de la zona bananera del Magdalena, esta vez atraída por las posibilidades de producción que encontró en la región del Urabá antioqueño (Buchelli, 2013).

El joven García Márquez abandonó Aracataca y la zona bananera del Magdalena en 1937, cuando ya la zona bananera mostraba síntomas de decadencia, y después de la muerte de su abuelo, para asentarse con sus padres en varias ciudades y pueblos de la costa. Posteriormente, adelantaría estudios de bachillerato en el centro del país y solo volvería a visitar su pueblo natal en 1950 (poco tiempo después de la vuelta de la empresa y cuando los estragos por su prolongada ausencia todavía se sentían entre la población local), cuando acompañó a su madre a vender la casa de Aracataca, experiencia que usó como escena de inicio de sus memorias *Vivir para contarla* y que analizaremos con más detalle en el último capítulo de este trabajo. Justamente después de este primer regreso a Aracataca, García Márquez emprendió la escritura de su primera novela, *La hojarasca*, aparecida en 1955, en la que empezó a construir un mundo ficcional en el que la compañía bananera era la

presencia todopoderosa que determinaba los destinos de unos personajes inmersos en un mundo quebrado y solitario.

El escritor volvería una vez más a visitar la región, esta vez como parte de la preparación y recolección de datos para la escritura de su novela *Cien años de soledad*, en 1966 y en compañía de Álvaro Cepeda Samudio, novelista barranquillero y gran amigo de García Márquez, que en 1962 había publicado una novela basada en la huelga y masacre de los trabajadores, *La casa grande* (Eligio García Márquez, 2002, pp. 489-495). Esta novela, una de las más importantes en la historia literaria colombiana, se puede enmarcar en una empresa común que compartían García Márquez, Cepeda Samudio y otros escritores del llamado Grupo de Barranquilla: describir la violencia colombiana de un mejor modo de cómo lo habían hecho los llamados “novelistas de La Violencia”, que habían publicado sus principales obras en la década de los cincuenta. Los postulados básicos de esta búsqueda estilística fueron enunciados por García Márquez en un artículo titulado “Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia”, aparecido en 1959, y en sus cuentos y novelas escritos desde ese momento se puede corroborar la puesta en práctica de los parámetros pronunciados en este artículo: la narración literaria de la violencia colombiana no debe quedarse en el recuento minucioso de muertos sino indagar en las causas y en las actitudes de los vivos respecto a esa violencia.

Se puede decir entonces que la relación de Gabriel García Márquez con la producción bananera en su región natal y con las historias sobre la huelga y masacre de los trabajadores en 1928 fue una constante a lo largo de su vida. Su conocimiento sobre las incidencias de este proceso fue sin duda muy completo después de haberlo escuchado e investigado

durante varios años. Sin embargo, su posición al investigar y escribir sobre las bananeras no fue la de un cronista periodístico y menos la de un historiador, sino la de un novelista que buscaba a través de la narración ficcional no solo darle una salida artística a sus recuerdos personales, sino también encontrar una forma narrativa que llegara a los problemas latentes en la realidad violenta de su región y su país. A continuación observaremos como desarrolla esta empresa en su literatura.

### **3. LA HOJARASCA Y EL AMBIGUO VENTARRÓN DE LA PROSPERIDAD**

#### **3.1 Historia y naturaleza**

La primera obra en la que Gabriel García Márquez trabajó el tema de la compañía bananera y su relación con un pueblo fue en su novela *La hojarasca*, que comenzó a escribir en 1950 y fue publicada en 1955 (Martin, p. 180). En ella se narra la historia de un médico llegado a Macondo después de una de las recurrentes guerras civiles, su acomodamiento en el pueblo, sus relaciones con la comunidad y su posterior suicidio, ocurrido en medio del mismo misterio y mutismo en el que había transcurrido su vida. Si bien en la novela poco se sabe del médico en cuestión, una de las familias principales del pueblo lo acoge durante años y el jefe de familia, el coronel, siente por él perdurables afecto y lealtad, nacidos de compartir el mismo pasado militar bajo el mando del coronel Aureliano Buendía. Veinticinco años después de su llegada, frente al cadáver del médico que se ha suicidado, el coronel, su hija, Isabel, y su nieto reflexionan sobre su historia en Macondo y temen el momento en que deban salir a enterrarlo, pues todo el pueblo se ha puesto en contra del doctor después de que este se había negado a ayudar a sanar los heridos de un día de violencia electoral.

Todo el cuerpo de la novela lo conforman los flujos de conciencia de estos tres personajes frente al cadáver, a excepción de un breve texto introductorio, a manera de prólogo o prefacio, que aparece fechado en “Macondo, 1909” que carece de firmante, en donde se introduce al otro protagonista de la novela: la *hojarasca*, el grupo heterogéneo de advenedizos llegados con el esplendor de la compañía bananera, que habían terminado por ser habitantes de Macondo.

Aunque en *La hojarasca* nunca se describen minuciosamente las operaciones de la compañía bananera con la que llega la multitud de trabajadores, en la novela se hace evidente que esta funciona como un agente movilizador fundamental que reordena la vida del pueblo y de los personajes protagónicos.

Es por la compañía que llega la hojarasca y es por la exigencia de carnet profesional que impone la compañía a los médicos de la región que el médico protagonista pierde su escasa clientela (en la novela se especifica que en 1907) y acaba por auto-recluirse. Es la compañía la que produce la bonanza de “el próspero Macondo de 1915”, y es ella la que ya para 1918 “había acabado de exprimarnos, y se había ido”, como recuerda el coronel en uno de sus monólogos. Es así que en la descripción del mundo bananero en la novela, la población-hojarasca está directamente relacionada con la compañía-ventarrón, movilizándolo esta a aquella, y las dos presentadas en la novela con las mismas características de fenómeno climatológico súbito. Mientras a la hojarasca le corresponde un proceso de asimilación después de su llegada intempestiva (“sufrió el natural proceso de fermentación y se incorporó a los gérmenes de la tierra” (p. 13)), la compañía-ventarrón actuó como un verdadero cataclismo que llegó y pasó por Macondo dejando su estela en los residuos de un

huracán de progreso efímero. Teniendo esto en cuenta, se puede decir que desde el título mismo de la novela se hace evidente que tanto como la hojarasca que arrastra, la fuerza movilizadora de la acción en la novela es la compañía bananera.

Son conocidos los fuertes aguaceros y huracanes que suelen azotar a la zona bananera del Magdalena en la que creció Gabriel García Márquez, y era común que estos retrasaran y destruyeran buena parte de la producción agrícola de la región (Herrera y Soto, 1979, 13). Sin embargo, en *La hojarasca*, la compañía bananera es la verdadera catástrofe natural que azota el poblado como una de las tempestades sobre las que advierte constantemente el Cachorro, el párroco del pueblo, y es también la compañía la que prefigura el “viento final que barrería a Macondo” (153), del que habla Isabel hacia el final del relato. De modo similar a cómo operaría posteriormente en *Cien años de soledad* el diluvio desatado por los ingenieros de la compañía bananera después de la masacre, en *La hojarasca* la compañía tiene una cualidad apocalíptica y avasalladora, y con la misma rapidez con la que convirtió “lo que fue un callejón con un río en un extremo y un corral para los muertos en el otro, en un pueblo diferente y complicado” (11), cambió las parrandas eternas del “próspero Macondo” en un pueblo en ruinas, hasta que “después de ella solo quedaba un domingo en los escombros de un pueblo” (130).

La presencia de la compañía bananera en el Macondo de *La hojarasca* es relativamente breve, pues solo parece durar poco más de diez años, pero en ese corto tiempo produjo cambios profundos y acelerados. García Márquez se aleja de la realidad histórica de la United Fruit Company en el Magdalena, que estuvo intermitentemente a lo largo de todo el siglo XX, y presenta en su novela una compañía bananera que solo está poco más de un

decenio en Macondo. El lapso de presencia de la compañía bananera en *La hojarasca* es entonces mucho más corto que el de la United Fruit Company en el Magdalena, lo que enfatiza el carácter fugaz y arrollador de su presencia y esplendor, y lo que le da velocidad de azaroso fenómeno atmosférico a un proceso histórico que fue más largo. En la literatura de García Márquez se contrasta pues una corta bonanza con un largo período de ruina, lo que permite reconocer la incredulidad que demuestra esta obra respecto a las consecuencias durables de este tipo de progreso económico.

En *La hojarasca* no solamente el proceso histórico es comparado con un fenómeno natural, sino que en tres momentos diferentes de la novela se aclara que la compañía se fue “después de haber exprimido a Macondo”, como si el pueblo también fuera una fruta, como si el verdadero producto agrícola que se explota no fuera el banano o la tierra sino el pueblo mismo y su gente. Por esto es que la hojarasca y todo el pueblo les huele a desperdicios a los protagonistas durante el trascurso de la novela: también ellos son el bagazo de la producción frutera abandonada a su suerte, pudriéndose al sol. Así como la compañía bananera había reducido a un pueblo con historia y vida social a una despensa agrícola, la literatura de García Márquez narra el mismo proceso equiparando la historia a la tierra, la gente a la fruta, y la producción económica al acto de exprimir. Con esta homologación de historia a naturaleza se reconoce la inextricable compenetración que ambas tienen en un ambiente de explotación agrícola y se unifican los destinos catastróficos que sufren las dos.

El cuento “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”, que García Márquez había sacado del cuerpo general de *La hojarasca*, y que publicó en la *Revista Mito*, en 1955, guarda con la novela *La hojarasca* una relación estrecha pues en ambos aparecen los

mismos personajes en el mismo ambiente pueblerino. Este cuento describe los estragos físicos y mentales que produce una lluvia que dura una semana en la casa y en la familia de la protagonista. A manera de prefiguración del diluvio que posteriormente destruiría Macondo en *Cien años de soledad*, el aguacero de “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo” opera a la vez como fenómeno natural y como apocalipsis social y psicológico, pues no solo desbarata la infraestructura del pueblo, sino que los mismo personajes caen en un embrutecimiento y alucinación constantes debido al aguacero. Aún más dicente nos parece que en el cuento el aluvión sobre Macondo se da cuando Isabel está embarazada del niño que en *La hojarasca* será uno de los testigos en el velorio del médico, y que en la novela nace por las mismas épocas en que la compañía bananera abandona Macondo. Es decir, ya desde este cuento, extraído de la trama de *La hojarasca*, se hace alusión a la directa relación existente entre el abandono de la compañía bananera y la destrucción del pueblo, y en la narrativa de García Márquez el alejamiento de la compañía está asociado a una catástrofe climática como es la lluvia. Así es como también en este respecto se opera la analogía que hemos visto más atrás entre fenómenos naturales y fenómenos históricos: la población es fruta, el progreso es ventarrón, la explotación económica es el acto de exprimir y la destrucción social final producida por las dinámicas capitalistas se expresa como un diluvio.

### 3.2 Como hojas al viento

Sin embargo, *La hojarasca* también revela que a pesar de que la compañía “se había ido de Macondo”, los personajes todavía viven para el momento de la narración en el

mundo creado por ella. Los vestigios de la bananera se mantienen en el “tren amarillo y polvoriento que no se lleva a nadie”, construido por la compañía, cuyo primer pitido atrajo a la hojarasca y ahora continúa pitando inútilmente cuando la familia del coronel contempla el médico muerto; el recuerdo de la empresa está en el sonido de “tum-tum de la plantica eléctrica que dejó la compañía bananera cuando se fue de Macondo” (152), y en las plantaciones en las que el niño fantasea jugar cuando acabe su penosa visita al cadáver.

En *La hojarasca* se tiene la impresión de que la compañía no se fue aunque se haya ido, es decir, que tanto los estragos como los desperdigados elementos de tecnificación que trajo siguen presentes, aunque ya mustios y abandonados, muy lejos de los esplendores de la bonanza. En la novela el breve tiempo de operaciones y de éxito del enclave bananero, se contrasta así con un largo período de ruina, añoranza y terca persistencia de presencias físicas de otro tiempo, para ofrecernos un balance implacable de lo que significa para un pueblo la llegada de una explosión productiva, cuyo reverso perdurable es la pobreza y la nostalgia.

Si la compañía aparece tangencialmente como una presencia tan determinante que no hace falta mencionarla, un poco más profusamente se trata al grupo protagonista de la novela enunciado en su título: la hojarasca, el conjunto humano amorfo e indiferenciado que es definido por la voz introductoria como “los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos” que habían llegado persiguiendo a la compañía bananera. Esta masa desorganizada y plebeya de trabajadores esporádicos, oportunistas, prostitutas y viajeros de todo tipo es aparentemente despreciada por los habitantes originales del pueblo. Estos últimos, representados por la familia del coronel, habían llegado a Macondo apreciando la

“calidad de su suelo” y habían construido un “pueblo de refugiados” provenientes de las guerras civiles. Sin embargo, ahora los fundadores sentían que eran los últimos, los advenedizos, ante la avalancha incontrolable de la multitud-hojarasca, que vino a desplazarlos de su pueblo original. Al parecer, el problema con esta masa móvil es que no solo llegó a alterar el panorama laboral de la zona sino que acabó por relajar las costumbres morales con la vulgaridad de sus apetitos, su ordinariez y el inmediatez de su concepción de la riqueza en una sociedad jerárquica de corte aristocrático formada por familias “cuyos miembros se esmeraban tanto en la conservación de sus tradiciones y en las prácticas religiosas como en el engorde de sus cerdos” (p. 47).

Detrás de esta aparente violación a los códigos de comportamiento moral subyace un problema económico que no se deja de percibir en la novela. Además de los comentarios sobre las burdas maneras de los nuevos habitantes, el coronel y su hija identifican en sus monólogos la gravedad de la transformación de la ética del trabajo entre los pobladores como una de las consecuencias más nefastas de la hojarasca. Para Isabel (evocando su casa en ruinas, que sirve como símbolo de todo el arruinado pueblo) “todo parece destruido desde cuando no volvimos a cultivar el romero y el nardo” y el problema es que “donde se afloja una puerta no hay una mano solícita dispuesta a repararla” (151). El coronel llega a una conclusión similar cuando reflexiona:

Cuando sobrevino la ruina, el esfuerzo colectivo de quienes aspiraban a recuperarse habría sido suficiente para la reconstrucción. (...) Pero a la hojarasca la habían enseñado a ser impaciente; a no creer en el pasado ni en el futuro. Le habían enseñado a creer en el momento actual y a saciar en él la voracidad de sus apetitos. (p. 145)

Poco después el coronel enuncia la demoledora conclusión de que “poco tiempo se necesitó para que nos diéramos cuenta de que la hojarasca se había ido y de que sin ella era imposible la reconstrucción” (145). Lo más lamentable no era entonces solamente la vulgaridad de los aparecidos o los cambios acelerados del pueblo, también lo era el *ethos* inmediatista, despilfarrador y destructor tanto de la compañía bananera como de los trabajadores llegados a laborar para ella.

En su análisis de la novela, el crítico Ángel Rama asegura que la historia de Macondo a partir de este libro va a estar filtrada por el punto de vista “patricio” que demuestran los pobladores que aparece como fundadores y ordenadores del pueblo. Dice Rama:

Si hiciéramos una lectura que se atuviera a los contenidos ideológicos de la novela, tendríamos que destacar que es aquí donde aparece por primera vez un elemento que ha de reiterarse en otras obras de García Márquez y, sobre todo, abundantemente en *Cien años*, a saber la visión patricia. Y entiendo por visión patricia, la visión de los mejores, de los *áristoi*, la de los verdaderos patriarcas del pueblo. (1991, p. 63)

En *La hojarasca*, este sector original o patricio no solo se presenta como un sector crítico de la compañía bananera y de la hojarasca como actores de un cambio acelerado e incomprensible, sino como cuestionadores del carácter particular que tomó el proyecto económico de enclave agroexportador en la región porque su dinámica explotadora y los valores que impulsó entre la masa trabajadora solo podían llevar a la desidia y el atraso. Pero en *La hojarasca*, la disyuntiva para la élite macondiana no es solo entre la añoranza de un pasado aristocrático y semi-feudal en contra de una modernidad industrial, sino entre un mundo que funcionaba por su propio proceso auto-regulador y uno en el que “todo comenzó a moverse al revés” después de la llegada de la compañía.

También se puede encontrar un trasfondo económico subyacente en la novela en la relación entre el médico y la hojarasca integrada a la vida de Macondo. La novela nos cuenta que a este lo abandonó la clientela en 1907, cuando “la gente que lo visitó durante los primeros cuatro años de su estada en Macondo, empezó a desviarse después de que la compañía organizó el servicio médico para sus trabajadores” (82) y que su resentimiento, hacía la compañía y hacia la misma hojarasca, nació cuando “Macondo era un pueblo próspero [y] hubo trabajo para todo el mundo menos para él” (83). Por esto, a pesar de intentar integrarse a la comunidad de recién llegados (en la novela se nos dice que en 1909), el médico quedó aislado de todos y de su propia práctica médica después de la llegada de la compañía y debido a la ingratitud de la hojarasca. A pesar del aire de incógnita que rodea la descripción del médico en toda la novela, la explicación de su fracaso en el pueblo está claramente expuesta en este fragmento, pues el final de su vida profesional coincide perfectamente con la implantación de la compañía.

Por su parte, el grupo de trabajadores, vividores y aventureros conocidos como “la hojarasca”, también deben mucho de su estado de ánimo al contexto económico en el que viven. La hojarasca ambiciosa y hambrienta que derrochaba el dinero y “quemaba billetes en las fiestas [y] se revolcaba en su ciénaga de instintos”, pronto quedará “cesante y rencorosa” cuando la compañía “se había ido de Macondo con los desperdicios de los desperdicios que nos había traído” (130). Después de la partida de la compañía bananera, la población cesante de la que se nos habla es la misma “a quien atormentaban el recuerdo de un pasado próspero y la amargura de un presente agobiado y estático” (130), y a la que nada le quedaba en el panorama más que “un tenebroso y amenazante domingo electoral”.

A pesar de que la voz de los protagonistas-narradores insiste en que el odio entre el pueblo y el médico nace de la negativa de este a ayudar a los heridos de aquel domingo electoral violento, la novela permite pensar que la relación entre estos es más compleja y que su odio mutuo viene de la manera en que ambos se prestaron o no al sistema de trabajo impuesto por la compañía bananera. Las tensiones entre los dos protagonistas de la novela, el médico y la hojarasca, tienen razones objetivas relacionadas con la condición socio-económica impuesta por la compañía bananera, que el lector alcanza a entender a medida que avanza en la narración. Mientras al médico se le condena a la inacción y el encierro por la nueva “lógica profesional” y los servicios introducidos por la compañía y aprovechados rápidamente por la hojarasca, esta última torna su odio hacia el médico después de que la partida de la compañía la deja “cesante y rencorosa”.

¿Por qué es precisamente el médico el objeto de este odio? Porque representa algo más ante ellos: es su reflejo, es el primer cesante dejado por la compañía, es el único que asumió su carácter de desperdicio de la producción mucho antes de la frívola y móvil población que ante el desengaño del paro solo le queda volcarse hacia la violencia. Se puede decir que el mutuo rechazo del médico y los advenedizos es una forma de relación especular.

Los continuados intentos del médico por diferenciarse de la hojarasca y su decisión de encerrarse y no ayudar a nadie no hacen sino confirmar que el desprecio que siente por esta masa desordenada y olorosa es el reverso del obstinadamente negado reconocimiento de su similitud. La novela se puede leer entonces como la relación desavenida entre la hojarasca y el extraño médico, que al igual que aquella, no tiene nombre, y busca acomodarse, integrarse, a un pueblo desconocido y hostil, y luego busca sobrevivir en el mundo creado

por la compañía bananera. En el médico parece radicar la clave para entender tanto el título como el prefacio de la novela: él también es la hojarasca, y por eso es el primero que introduce el término en la casa del coronel (83) y es posiblemente el mismo que haya escrito el texto de rabia y desengaño que condena a la otra hojarasca al inicio de la novela.

En esto *La hojarasca* y *Cien años de soledad* comparten un enfoque similar. En ellas se narra la historia y dinámica de la zona bananera del Magdalena desde el punto de vista de familias que no han participado de la bonanza traída por el banano. Así como la propia familia de Gabriel García Márquez vivió durante años en una región convulsionada por la producción bananera pero no logró enriquecerse con ella, así también las familias protagonistas de sus novelas no participan en el festín bananero y lo observan desde la distancia, juzgando severamente sus posiciones morales frente al trabajo y la riqueza.

Pero en el fondo, en *La hojarasca*, todos son lo mismo: el médico, el coronel, y la chusma que llega al pueblo son incautos atraídos por la promesa de la prosperidad. Algunos quedan excluidos de las promesas de éxito, otros logran subirse por poco tiempo al tren de la prosperidad, pero al final todos son abandonados por el ventarrón de la compañía.

### **3.3 La masacre subyacente**

Además del texto introductorio, todos los episodios de *La hojarasca* están perfectamente fechados y todos los narradores insisten constantemente en el día, el mes y el año en que se está o se estuvo. A diferencia del Macondo de *Cien años de soledad*, en donde solo se insinúan algunas fechas particulares, el Macondo de *La hojarasca* está inscrito en una cronología temporal muy específica, que coincide con la vida de uno de los

narradores-personajes, Isabel, quien nace en el momento de la llegada del coronel y su familia al pueblo y va a cumplir treinta años en el presente de la narración, que está claramente estipulado en uno de los monólogos del coronel: “Son las dos y media, pienso. Las dos y media del 12 de septiembre de 1928” (35). Es decir, la novela transcurre entre 1898 y 1928. El encierro del médico se ubica a finales 1911, el máximo esplendor de la región en 1915, y el nacimiento del hijo de Isabel, la partida de la compañía así como el “domingo electoral violento” suceden en 1918.

El año en que se escenifica el presente en *La hojarasca*, es decir, el momento en que se suicida el médico, coincide con el año de la famosa masacre de las bananeras en Ciénaga y el día en que velan al médico en la novela está fechado exactamente dos meses antes del inicio de la huelga histórica de los trabajadores de la zona bananera del Magdalena (el 12 de noviembre de 1928). ¿Por qué escoge García Márquez precisamente este año para ubicar el nudo de su novela? Además del hecho de ser año bisiesto, lo que en el mundo extremadamente supersticioso del autor era sinónimo de mala suerte, nos parece que García Márquez utiliza en esta novela la estrategia narrativa de dejar el desenlace final de la historia por fuera de lo presentado en la narración, a manera de “omisión significativa” o de “dato escondido”, como lo llama Vargas Llosa (p. 143). En *La hojarasca*, el desenlace último de toda la expectativa creada en la narración es precisamente lo que está por fuera de la novela, lo que apenas se insinúa al final, lo que pasará después de que el pequeño cortejo fúnebre haya salido de la casa del médico, y sobre todo, el final último del pueblo, el momento en que se acabe de acabar el mundo ya desvencijado de Macondo; final que ya en las últimas páginas prevé Isabel al mirar su casa: “Sacudida por el soplo invisible de la

destrucción, también ella está en víspera de un silencioso y definitivo derrumbamiento” (151).

La larga y problemática relación entre el médico, la hojarasca y el pueblo que nunca les perteneció parece tener su entierro definitivo en los últimos meses de 1928, con la muerte del médico y el incidente, ausente de la narración, que termine definitivamente la larga agonía del pueblo tomado, la rebeldía fallida y la violencia latente. La llegada de este incidente de destrucción última no está desarrollado en el contenido mismo de la novela pero se intuye que está a punto de pasar, y siguiendo la escritura cronológica de la novela, se puede homologar con los últimos meses de 1928, es decir con la huelga y masacre de trabajadores del banano en el Magdalena histórico. En este sentido, el final de *La hojarasca* hay que buscarlo por fuera de la novela, en la madrugada del 6 de diciembre de 1928 cuando los habitantes de la zona bananera del Magdalena tuvieron finalmente que enterrar los muertos, antes negados, dejados por el paso de la Compañía.

## 4. MACONDO: EL ESPACIO DE LA DECADENCIA

### 4.1 El cronotopo bananero

Durante finales de la década de los cincuenta y comienzos de los sesenta, Gabriel García Márquez escribió algunos cuentos que posteriormente aparecerían en dos recopilaciones distintas: *Los funerales de la Mamá Grande* (1962) y *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada* (1972). En algunas de estas narraciones se hacen presentes referencias a la historia bananera, pero no de manera protagónica, sino a través de algunos recuerdos e imágenes en la consciencia de los personajes. Lo interesante de estos cuentos es que en ellos se perfila la imagen de un pueblo y una región marcados espacial y temporalmente por el paso de la compañía bananera, es decir, en estos cuentos se perfila un “cronotopo” del mundo bananero, en el que se conjugan los espacios físicos decaídos y arrasados, los personajes nostálgicos e incrédulos, y un tiempo que parece detenido después del abandono de la compañía.

El concepto *cronotopo* fue desarrollado por el crítico Mijaíl Bajtín, quien lo tomó de la física y lo usó para el análisis literario. Bajtín define de esta manera el concepto:

En el cronotopo artístico y literario tiene lugar la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa aquí, se

comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos del tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo. La intersección de las series y uniones de esos elementos constituye la característica del cronotopo artístico. (238)

El cronotopo del mundo bananero que hace García Márquez, esa descripción que conjuga tiempo y espacio, va a tomar en su literatura forma definitiva en la posterior novela *Cien años de soledad* (1967) y va a aparecer tangencialmente en la novela *El amor en los tiempos del cólera*, de 1984.

El cuento “La siesta del martes”, el primero en la colección *Los funerales de la Mamá Grande*, se abre precisamente con la descripción del paisaje bananero de la región cercana a Macondo: “El tren salió del trepidante corredor de rocas bermejas, penetró en las plantaciones de bananos, simétrica e interminables, y el aire se hizo húmedo y no se volvió a sentir la brisa del mar” (p. 90). En este espacio, aparentemente deshabitado, “había carretas de bueyes cargadas de racimos verdes. Al otro lado del camino, en intempestivos espacios sin sembrar, había oficinas con ventiladores eléctricos, campamentos de ladrillos rojos y residencias con sillas y mesitas blancas en las terrazas entre palmeras y rosales polvorientos” (p. 90). Poco después, al llegar la mujer y la pequeña niña protagonistas del cuento a su destino, van a encontrar un pueblo donde “las casas, su mayoría construidas sobre el modelo de la compañía bananera, tenían las puertas cerradas” (p. 91).

En estas primeras descripciones de un pueblo bananero ya se muestran algunas de las características permanentes de este lugar, como lo es la conformación de una geografía extraña, simétrica y ajena a las dinámicas propias de los habitantes originales. Tanto las

plantaciones como las casas construidas por la compañía bananera aparecen en las narraciones de García Márquez como espacios misteriosos, desconocidos y solo vistos desde la distancia.

Además de esto, las obras del autor enfatizan que el establecimiento de la compañía bananera se vio acompañado por la imposición de un modelo de construcción y organización espacial foránea y, mientras en el campo se estandarizaron las simétricas plantaciones de banano, en el pueblo se adoptó un modelo de construcción urbana basado en modelos arquitectónicos repetitivos.

En *Cien años de soledad* (1967) este lugar va a tomar forma definitiva: “el pueblo se había transformado en un campamento de casas de madera con techos de zinc”, es decir, el modelo de la compañía, y además: “Los gringos... hicieron un pueblo aparte del otro lado de la línea del tren, con calles bordeadas de palmeras, casas con ventanas de redes metálicas, mesitas blancas en las terrazas y ventiladores de aspas colgados en el cielorraso, y extensos prados azules con pavorreales y codornices” (p. 261). Todas estas características urbanísticas son propias de un modelo de enclave y son las que determinaron la conformación física de la zona bananera del Magdalena en las primeras décadas del siglo XX, donde además se llegó a construir una urbanización entera para los ejecutivos de la United Fruit Company, conocida como El Prado, con todas las comodidades de un centro turístico, en medio del monte y el calor del corregimiento de Sevilla, cerca de Aracataca.

Lo que se enfatiza en la narración de García Márquez es el carácter excluyente de este fenómeno: los gringos no ocupan los lugares existentes sino que construyen “otro pueblo”, totalmente vedado para el resto, ya que nunca ninguno de los personajes de las ficciones de

García Márquez ingresa a ese mundo o nos cuenta cómo es por dentro. Siempre se narra desde este lado de la cerca, pocas veces se pueden ver con claridad los pensamientos o acciones de “los gringos”, e incluso el narrador omnisciente de *Cien años de soledad*, que puede entrar en los pensamientos, el pasado y el futuro de cualquiera, solo alcanza a observar las construcciones del pueblo de la compañía desde afuera y afirmar que el lugar parecía “un gigantesco gallinero electrificado”, lo que no hace sino demostrar cómo para un fenómeno económico de preocupantes consecuencias como lo es la penetración e imposición de una empresa extranjera, la interpretación popular expresada en *Cien años de soledad* solo tiene explicaciones precarias que lo equiparan con un galpón de gallinas.

Esta manera de organizar el espacio es también una forma de organizar el trabajo y el conocimiento. Del lado de “los gringos” está la ciencia, la técnica y, sobre todo, el conocimiento sobre las profundas implicaciones del proyecto económico, mientras que del lado de los habitantes originales está el desconcierto, la ignorancia y la contemplación de las acciones llevadas a cabo por la compañía entre el deslumbramiento y el misterio.

Así como en *La hojarasca* la compañía había transformado “lo que fue un callejón con un río en un extremo y un corral para los muertos en el otro, en un pueblo diferente y complicado”, y había construido todo un pueblo con un único modelo de casa; en *Cien años de soledad* hace gala de todo su poder, pues “dotados de recursos que en otra época estuvieron reservados a la Divina Providencia, modificaron el régimen de lluvias, apresuraron el ciclo de las cosechas, y quitaron el río de donde estuvo siempre y lo pusieron... en el otro extremo de la población” (261). Estas modificaciones, aunque parezcan exageraciones o vuelos imaginativos de un autor literario, no son más que algunas

de las realidades históricas de la zona bananera del Magdalena, que no solo sufrió profundos cambios políticos y sociales con la llegada de la United Fruit Company, sino que también experimentó trágicos cambios en su conformación geográfica.

La historia de Macondo nos ayuda a entender la historia del propio departamento del Magdalena, pues gracias a la novelización que presenta la destrucción de Macondo en la forma de un aguacero de “cuatro años, once meses y dos días” propiciados por los ingenieros de la compañía bananera en *Cien años de soledad* podemos también entender el nivel de destrucción que tuvieron fenómenos como las inundaciones que casi destruyeron la zona bananera del Magdalena durante el invierno de 1932, cuando los canales construidos por la United Fruit Company para unir los ríos Aracataca, San Joaquín y Ají, se desbordaron debido a las constantes lluvias y anegaron toda la región, en una de las peores catástrofes ambientales de la zona (producidas por la mano del hombre) (Saldívar, 58). Es decir, la destrucción “natural”, que en la literatura de García Márquez aparece en la forma de grandes diluvios, catástrofes, cataclismos y plagas, tiene su correspondiente en la propia historia de la zona bananera del Magdalena, en la que a los cambios recurrentes del clima, la United Fruit Company añadió la intervención y transformación de los espacios naturales para beneficiar su propia producción, con consecuencias indeseables para la población de la región.

## **4.2 Los cuentos de la zona**

En el cuento “Un día después del sábado”, de 1962, Macondo se presenta como un pueblo semi-abandonado y triste, agobiado por el calor y los recuerdos. Un joven viajero,

que se debe quedar en el pueblo después de haber perdido el tren de devuelta, lo observa y se da cuenta de que “era un pueblo muerto, con calles interminables y polvorientas y sombrías casas de madera con techos de cinc, que parecían deshabitadas” (157). Esta imagen desértica se puede catalogar como postapocalíptica, habitada por la desesperanza y, sobre todo, por la memoria de un pasado mejor.

En otro de los pasajes del mismo cuento, el padre Antonio Isabel se sienta en la vieja estación del ferrocarril a ver pasar “los cuatro vagones desvencijados y descoloridos, y no recordaba que alguien hubiera descendido de ellos para quedarse, al menos en los últimos años”. Pero al ser este Macondo un lugar habitado al mismo tiempo por el presente y la nostalgia del pasado, inmediatamente esta imagen se contrasta con un recuerdo:

Antes era distinto, cuando podía estar una tarde entera viendo pasar un tren cargado de banano; ciento cuarenta vagones cargados de frutas, pasando sin pasar.

Poco después, en el mismo párrafo, el personaje se enfrenta con el presente, pero esta vez con la explicación de la decadencia inscrita dentro del recuerdo:

“de ahí vino su costumbre de asistir todos los días a la estación, incluso después de que ametrallaron a los trabajadores y se acabaron las plantaciones de banano y con ellas los trenes de ciento cuarenta vagones, y quedó apenas ese tren amarillo y polvoriento que no traía ni se llevaba a nadie. (150)

En este fragmento se presenta con claridad una de las condenas propias del pueblo bananero de la literatura de García Márquez: su desubicación temporal, entre un pasado aparentemente esplendoroso y un presente arruinado y nostálgico, habitando los dos tiempos en un mismo momento.

Este pueblo abandonado y triste es magistralmente condensado en uno de los últimos capítulos de *Cien años de soledad*, cuando Aureliano Babilonia, el último de la estirpe de los Buendía, sale a la calle y se encuentra con un mundo perdido:

Recorrió las calles polvorientas y solitarias, examinando con un interés más científico que humano el interior de las casas en ruinas, las redes metálicas de las ventanas, rotas por el óxido y los pájaros moribundos, y los habitantes abatidos por los recuerdos. Trató de reconstruir con la imaginación el arrasado esplendor de la antigua ciudad de la compañía bananera, cuya piscina seca estaba llena hasta los bordes de podridos zapatos de hombre y zapatillas de mujer, y en cuyas casas desbaratadas por la cizaña encontró el esqueleto de un perro alemán todavía atado a una argolla con una cadena de acero, y un teléfono que repicaba, repicaba, repicaba, hasta que él lo descolgó, entendió lo que una mujer angustiada y remota preguntaba en inglés, y le contestó que sí, que la huelga había terminado, que los tres mil muertos habían sido echados al mar, que la compañía bananera se había ido, y que Macondo estaba por fin en paz desde hacía muchos años. (435)

En la experiencia de Aureliano Babilonia se hace patente la fascinación recurrente en la narrativa de García Márquez por la descripción de objetos antiguos que encierran entre sus residuos la historia y la memoria de un pasado glorioso (un clásico ejemplo de este procedimiento se encuentra en la descripción de un galeón español encallado en mitad de la selva, al comienzo de la misma novela). Estos restos materiales de la historia son analizados por el último de los Aurelianos con un “interés científico”, casi se podría decir “arqueológico”, para descifrar el origen y causa de la destrucción. Esta explicación llega hacia el final del fragmento citado, con su narración escueta de la masacre de los trabajadores y la partida de la compañía, para luego llegar a la desgarradora conclusión de que Macondo está por fin “en paz”; es decir, la única paz que llegó al desdichado poblado de la novela fue la paz posterior a la historia, una especie de paz de los sepulcros.

Este estancamiento del tiempo, este pasar sin pasar en el que viven los personajes de Macondo, es también un fenómeno recurrente en muchos enclaves económicos después del paso de la época de esplendor, y se puede encontrar todavía en los pueblos de la antigua zona bananera del Magdalena, pues la mayoría de sus habitantes (la hojarasca de la primera novela de García Márquez) se acostumbró a una única forma de sustento económico: el directamente dependiente de la compañía. Este sentimiento suele ser acentuado por la percepción de que nadie más va a ese lugar después de haberse ido la bonanza; es decir, a la explotación y abandono se le suma posteriormente la ausencia de futuro económico, tanto por la indolencia del exterior como por la desidia de los propios habitantes.

La imagen de pasado próspero y magnífico que suele estar asociada al recuerdo de la compañía bananera será desenmascarada en otro de los cuentos de García Márquez escrito también en 1962, y que en gran medida va a ser un ensayo general de los personajes y situaciones de *Cien años de soledad*, titulado “El mar del tiempo perdido”, que aparecería posteriormente en la colección *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* (1972). En este cuento se narra la historia de un pequeño pueblo al lado del mar adonde llega un extranjero, precedido por un inquietante olor de rosas en el ambiente, lleno de promesas de felicidad para todos sus habitantes, pero que al final los abandona y los deja arruinados. El nombre de este extraño viajero es Mr. Herbert, el mismo nombre que tendría el rechoncho visitante que, después de probar un plátano en la casa de los Buendía, iniciaría la industria del banano en el Macondo de la novela *Cien años de soledad*. Por tal motivo, y aunque en el cuento nunca se menciona su vinculación con la fruta, es posible pensar en la directa relación de Mr. Herbert con la compañía bananera.

El olor de rosas que inunda el pueblo hace que muchos otros viajeros lleguen a él, atraídos por la novedad (la misma situación, aunque esta vez metaforizada por un “olor de rosas”, de *La hojarasca*). El pueblo se convierte en un bazar multitudinario, hasta que un día el gentío se queda estupefacto al ver la llegada de Mr. Herbert, quien tenía “dos grandes baúles llenos de billetes hasta los bordes”, que para ellos significaba “más dinero junto del que hubiera podido caberles en la cabeza” (199). El enigmático personaje asegura que “tengo tanto dinero que ya no encuentro donde meterlo. Y como además tengo un corazón tan grande... he tomado la determinación de recorrer el mundo resolviendo los problemas del género humano”. Con estos argumentos consigue convencerlos de hacer para él lo que mejor sepan hacer, y termina sometiendo a algunos de los pobladores a sesiones interminables de canto o de fornicación. En el cuento, uno de los atónitos espectadores del espectáculo del señor Herbert, el viejo Jacob, le pregunta al coronel Máximo Gómez: “¿Qué opina usted de este gringo?”, a lo que este le responde: “Debe ser un filántropo” (p. 200).

Animado por la esperanza de ganar el suficiente dinero para irse del pueblo, el propio viejo Jacob se arriesga a retar a Mr. Herbert a varios juegos de damas, en los que termina perdiendo toda su fortuna. El narrador nos cuenta:

Fue así como el señor Herbert se quedó con la casa del viejo Jacob. Se quedó, además, con las casas y propiedades de otros que tampoco pudieron cumplir, pero ordenó una semana de músicas, cohetes y maromeros y él mismo dirigió la fiesta. (203)

Después de la fiesta, el señor Herbert se echó a dormir mientras el pueblo caía en la ruina, y después de muchos años se despertó para proponerle a otro habitante del mismo

poblado un nuevo espejismo de riqueza y prosperidad: irse al fondo del mar a cazar tortugas. El humilde Tobías le responde:

Solo los muertos saben lo que hay allá dentro. –También lo saben los científicos – dijo el señor Herbert-. Más abajo del mar de los naufragios hay tortugas de carne exquisita. Desvístete y vamos. (p. 205)

Después de esta infructuosa aventura, el señor Herbert acaba de desilusionar a Tobías con la rotunda realidad: “Y la realidad –prosiguió el señor Herbert- es que ese olor no volverá nunca”.

En este cuento, escrito antes pero aparecido después de *Cien años de soledad*, se percibe un cambio trascendental con respecto a anteriores representaciones del mundo bananero en la literatura de Gabriel García Márquez. Lo que antes había sido la escenificación de un poblado destruido por la producción bananera, y una indagación en los corazones atribulados de los habitantes sobrevivientes, se convierte a partir de “El mar del tiempo perdido” en una denuncia directa a las estratagemas de engaño del neoimperialismo económico norteamericano. El cuento resume la parábola completa del desarrollismo económico, pues en un comienzo se presenta como la labor desinteresada de capitales norteamericanos en pueblos olvidados de la mano de dios, al punto que muchos habitantes quedan convencidos de que se trata de labores de “filántropos”, y termina como una explotación total e inmisericorde.

Las cualidades aparentemente infalibles del poder económico recién venido y el apoyo de la “ciencia” (que es el argumento que usa con Tobías para animarlo a aventurarse al fondo del mar) hacen que su trabajo deslumbró a la mayor parte de la población, que sigue

creyendo en la promesa a pesar de las evidencias de que lo que el gringo está haciendo es quedarse con las casas y riquezas de todo el pueblo. A tal punto llega la convicción en los poderes del extranjero, que después de su partida como quien levanta un puesto de una feria, y después de que los habitantes cayeran en desgracia hasta que “tuvieron que desenterrar cangrejos para comer”, la gente sigue esperando su regreso y sigue creyendo sus promesas.

En muy pocos apartes de la obra de García Márquez se presenta de un modo tan claro la interpretación que el autor hizo del significado de la irrupción de la compañía bananera en Colombia. Es muy probable que el proceso ideológico del propio Gabriel García Márquez, quien desde la década de 1950 empezó a interesarse por el socialismo y a vincularse a células comunistas en su país (Martin, 2009, 204), así como el triunfo de la Revolución cubana en 1959 y la vinculación del propio García Márquez a este proceso, tuviera mucho que ver con la toma de consciencia del escritor, que a partir de este cuento de 1962 dejó de escribir solo sobre el sentimiento de desolación que dejó la compañía, y se dedicó a denunciar las ambigüedades y engaños de lo que significó la promesa de progreso económico que llegó ligada a la penetración económica de los Estados Unidos en América Latina.

Otra de las características más notorias de este cuento es que inaugura la descripción de la debacle bananera como farsa, un método que iría a repetir en *Cien años de soledad*. Si antes la llegada de la hojarasca y las labores de la compañía en Macondo eran narradas con el tono sombrío de una derrota inminente, a partir de “El mar del tiempo perdido”, con su ambiente de feria ambulante, su humor absurdo y sus escenas descabelladas, la historia

socio-política del universo garciamarquiano se va a llenar de las situaciones más dramáticas imaginables, ligadas muchas de ellas a los estragos de la compañía, pero contadas con la absurda incredulidad de la comedia:

Fue una semana memorable. El señor Herbert habló del maravilloso destino del pueblo, y hasta dibujó la ciudad del futuro, con inmensos edificios de vidrio y pistas de baile en las azoteas. La mostró a la multitud. Miraron asombrados, tratando de encontrarse en los transeúntes de colores pintados por el señor Herbert, pero estaban tan bien vestidos que no lograron reconocerse. Les dolió el corazón de tanto usarlo. Se rieron de las ganas de llorar que sentían en octubre, y vivieron en las nebulosas de la esperanza, hasta que el señor Herbert sacudió la campanilla y proclamó el término de la fiesta. (203)

A fuerza de que la historia de Macondo se repitiera interminablemente como tragedia en las obras de Gabriel García Márquez, el autor empezó a representarla como farsa en su obra posterior, en especial en la novela que va a compendiar su mirada sobre su región de origen: *Cien años de soledad*.

### **4.3 La persistencia de la muerte**

En el mundo literario de Gabriel García Márquez, la región bananera del Magdalena va a tener una última aparición en la novela *El amor en los tiempos del cólera*, de 1984. En esta obra, Fermina Daza, una de las protagonistas, es oriunda del pueblo San Juan de la Ciénaga, el lugar donde se dio la masacre de las bananeras del 6 de diciembre de 1928. A pesar de que la acción de la novela se desarrolla en Cartagena de Indias, en un momento de la narración la pareja de esposos Fermina Daza y Juvenal Urbino emprenden un viaje en globo que los lleva por varios poblados de la costa norte colombiana, los cuales son nombrados con sus topónimos reales. Después de ver algunos paisajes naturales y humanos

de la región, los viajeros van a encontrarse con un panorama desolador en la misma región encantada de José Arcadio Buendía que apareció en *Cien años de soledad*, y que en muchos aspectos se equipara con la zona bananera circundante a Aracataca, en el departamento del Magdalena:

Volaron sobre el océano de sombras de los plantíos de banano, cuyo silencio se elevaba hasta ellos como un vapor letal (...) El ingeniero del globo, que iba observando el mundo con un catalejo, dijo: “Parecen muertos”. Le pasó el catalejo al doctor Juvenal Urbino, y este vio las carretas de bueyes entre los sembrados, las guardarrayas de la línea del tren, las acequias heladas y dondequiera que fijó sus ojos encontró cuerpos humanos esparcidos. Alguien dijo que el cólera estaba haciendo estragos en los pueblos de la Ciénaga Grande. El doctor Urbino, mientras hablaba, no dejó de mirar por el catalejo.

-Pues debe ser una modalidad muy especial del cólera –dijo-, porque cada muerto tiene su tiro de gracia en la nuca. (268-269)

Hacia el final de la misma novela, Fermina Daza emprende otro viaje a su pueblo, esta vez por tierra, y encuentra el mismo paisaje más de veinte años después.

Desde el principio del paseo, Fermina Daza se había tapado media cara con la mantilla, no por miedo de ser reconocida donde nadie podía conocerla, sino por la visión de los muertos que se hinchaban al sol por todas partes, desde la estación del tren hasta el cementerio. El jefe civil y militar de la plaza le dijo: “Es el cólera” (299).

Estas alusiones al poblado de Ciénaga insisten en la imagen que quedó grabada en la literatura de Gabriel García Márquez como una región poblada de muertos, como si se tratara del recuerdo imborrable de José Arcadio Segundo en *Cien años de soledad*, quien hasta el final de su vida no vio sino muertos en la región bananera. Aunque es difícil homologar estos fragmentos con la historiografía de la región bananera, pues la primera

visión de los cultivos de banano y los muertos a su alrededor está fechada en el cambio de siglo en *El amor en los tiempos del cólera*, un momento en que el cultivo del banano apenas empezaba a desarrollarse en la región del Magdalena, lo importante es que la visión eternizada de una región cubierta de muertos va a terminar siendo lo único que queda en la literatura de García Márquez de la misma zona que en otras novelas apareció agitada por la vida y el esplendor comercial

## **5. CIEN AÑOS DE SOLEDAD: ESPLENDOR Y DESTRUCCIÓN DEL MUNDO BANANERO**

### **5.1 El poder y la ignorancia**

En *Cien años de soledad*, novela publicada en 1967, se organizan finalmente muchos de los fragmentos referidos a la compañía bananera que se encuentran desperdigados en las novelas y cuentos previos de García Márquez, y es en ella que podemos encontrar la narración y la interpretación más completa sobre este tema. La llegada de la compañía y posterior masacre de los trabajadores no solo es el eje de toda la segunda parte de la novela, sino que el abandono de la compañía y el diluvio desatado por esta van a precipitar la decadencia final de Macondo. Además de esto, la descripción de la masacre de las bananeras que se encuentra en la novela, con su balance mortal final de más de tres mil muertos, va a constituirse como el tema de un debate político e historiográfico que se ha extendido en Colombia a lo largo de varios años hasta el presente.

En *Cien años de soledad* se cuentan las mismas estratagemas de engaño del señor Herbert, el protagonista de “El mar del tiempo perdido”, en Macondo, pero en esta ocasión se va acentuar mucho más el estado de ingenuidad de los habitantes originarios. Después de que Aureliano Segundo, uno de los representantes más frívolos e irresponsables de la familia Buendía, protagonista de la novela, recogió de la estación a un rechoncho gringo,

comerciante de “globos cautivos” y lo llevó a comer en su casa, este se quedó fascinado con el banano. Después de probar la fruta, el gringo procedió a examinarla mientras todos en la mesa miraban con desconcierto las labores técnicas que operaba sobre ella, pues

Con la incrédula atención de un comprador de diamantes examinó meticulosamente un banano seccionando sus partes con un estilete especial, pesándolas en un granatario de farmacéutico y calculando su envergadura con un calibrador de armero. (p. 259)

Lo que más impresiona de la escena es que ninguno de los presentes alcanza a imaginar en qué consisten los intereses y saberes del visitante. Poco después lo vieron recorriendo las inmediaciones “cazando mariposas”, y algunos seguían preguntándose si era un filántropo, repitiendo así la misma creencia que acompañó al señor Herbert de “El mar del tiempo perdido”. Junto a este personaje llegan también “ingenieros, agrónomos, hidrólogos, topógrafos y agrimensores”, representantes de la invasión técnica y científica, totalmente desconocida por los habitantes de Macondo. Es decir, mientras que los gringos conocen para qué están allí y dominan las técnicas y ciencias necesarias para la explotación económica, los habitantes originales se presentan como ingenuos poseedores de una riqueza desconocida por ellos, y siguen creyendo que las intenciones de estos “filántropos” son inofensivas.

El narrador demuestra la pasividad y demora en tomar conciencia de los habitantes de Macondo cuando dice:

No hubo, sin embargo, mucho tiempo para pensarlo, porque los suspicaces habitantes de Macondo apenas empezaban a preguntarse qué cuernos era lo que estaba pasando, cuando ya el pueblo se había transformado en un campamento de casas de madera con techos de zinc. (p. 260)

Esta es una de las reacciones más comunes de los personajes de *Cien años de soledad*: la ignorancia e ingenuidad para afrontar los cambios socio-políticos que se le vienen encima. Al tiempo que el narrador presenta un ambiente carnavalesco, en el que las acciones y apariencias de los nuevos llegados se presentan como la deslumbrante novelería de un circo, a los habitantes de Macondo solo les interesan las plantaciones para ir a pasear y conocer el silencio que se respira en ellas, o parrandear interminablemente con ellos, como hace Aureliano Segundo. En *Cien años de soledad*, mientras la compañía bananera prepara toda una ofensiva económica, los habitantes de Macondo se distraen en frivolidades perniciosas. En las páginas posteriores a la llegada de Mr. Herbert a Macondo, la narración discurre hacia pequeños dramas familiares e historias sobre los destellos fantásticos de personajes como Remedios, lo que lleva al lector mismo a desinteresarse por lo que está pasando con los ingenieros, agrónomos, hidrólogos, topógrafos y agrimensores que se habían mencionado algunas páginas atrás. El lector y los habitantes de Macondo despiertan juntos del olvido cuando se dan cuenta de que la llegada de la compañía ha cambiado por completo el ambiente, al punto “que ocho meses después de la visita de Mr. Herbert los antiguos habitantes de Macondo se levantaban temprano a conocer su propio pueblo” (262).

La inconsciencia de los habitantes les impide ver lo que el propio narrador anuncia sutilmente desde el comienzo de la llegada de la compañía: su relación directa con la violencia y el destino trágico que lleva consigo. Cuando llega el gerente de la compañía, acompañado de “los solemnes abogados vestidos de negro que en otra época siguieron por todas partes al coronel Aureliano Buendía”, se advierte que todos estos nuevos personajes “tenían algo que ver con la guerra”; posteriormente, cuando se cuenta la llegada

intempestiva de viajeros al pueblo en bonanza, se va a decir que “llegaron arrastrados por aquel eructo volcánico” (264); y al momento en que se hace evidente que la compañía se había asentado definitivamente en la región, el narrador va a decir que “los antiguos habitantes de Macondo se encontraron *arrinconados* por los advenedizos... pero reconfortados en todo caso por la impresión de haber sobrevivido a un *naufragio*” (289) (el subrayado es mío).

Lo interesante de estos fragmentos que describen diferentes momentos del arribo de la compañía es que repiten algunas palabras y expresiones que posteriormente van a ser usadas casi de la misma manera al momento de narrar la masacre de los trabajadores y la destrucción posterior del pueblo. Así como el naufragio que significó el diluvio desatado por el abandono de la compañía estaba ya implícito en el naufragio al que sobrevivieron los habitantes de la Macondo con su llegada, de igual manera, el desenlace final de la huelga, cuando los trabajadores se vieron acorralados por un eructo volcánico en la masacre final, también estaba implícito en el proceso mismo de llegada y acomodamiento de la compañía. Sin embargo, nada de esto va a ser advertido por los habitantes originales como un anuncio de lo venidero.

La falta de percepción por parte de Macondo y de los miembros de la familia Buendía sobre las implicaciones reales de la compañía bananera se evidencia también en fragmentos como el del viaje por tren que hace Meme, la hija de Aureliano Segundo, llevada por su madre para hacerla olvidar un pretendiente indeseable:

“Meme apenas se dio cuenta del viaje a través de la antigua región encantada. No vio las umbrosas e interminables plantaciones de banano a ambos lados de las líneas. No

vio las casas blancas de los gringos, ni sus jardines aridecidos por el polvo y el calor, ni las mujeres con pantalones cortos y camisas de rayas azules que jugaban barajas en los pórticos. No vio las carretas de bueyes cargadas de racimos en los caminos polvorientos (...) ni las barracas abigarradas y miserables de los trabajadores donde revoloteaban las mariposas amarillas de Mauricio Babilonia, y en cuyos pórticos había niños verdes y escuálidos sentados en sus bacinillas, y mujeres embarazadas que gritaban improperios al paso del tren. (p. 335)

A medida que el tren avanza por la región bananera, la pasajera no alcanza a ver las señas inconfundibles de la desigualdad económica de la región y las muestras de inconformidad social, producto de la industria del banano, y la repetición de la negación constante de la realidad expresada en el párrafo (en la forma de los varios “no vio”) es una concreción de la inconsciencia general que se pone de manifiesto en todo el episodio bananero de la novela. Se puede decir entonces que el proceso de olvido y negación que van a vivir los habitantes de Macondo después de la masacre de los trabajadores, cuando casi nadie recuerde o crea la existencia de los hechos de violencia ocurridos la noche anterior, empieza a operar desde el momento mismo en que se asienta la compañía bananera, debido a la desorientación e ignorancia de la población.

De igual manera Fernanda, la madre de Meme, tampoco va a alcanzar a vislumbrar la gravedad de la protesta organizada por los trabajadores del banano y en una carta enviada a sus “médicos invisibles” les va a decir que “no había tal estado de agitación, y que todo era fruto de las locuras de un cuñado suyo, que andaba por esos días con la ventolera sindical” (339).

Pero García Márquez no condena a toda la sociedad de Macondo a la total inconsciencia sobre las implicaciones que tiene la producción del banano. El coronel

Aureliano Buendía, representante de la rebeldía revolucionaria en la novela, es el primero en notar las posibles consecuencias nefastas de la invasión. Aunque en un primer momento solo alcanza a ver los cambios del pueblo como una transformación inesperada e indeseable:

Miren la vaina que nos hemos buscado –solía decir entonces el coronel Aureliano Buendía-, no más por invitar un gringo a comer guineo. (p. 262)

Poco después, el coronel va a empezar a notar cambios que se dan al interior del gobierno local para servir a la compañía, cuando “los funcionarios locales fueron sustituidos por forasteros autoritarios, que el señor Brown se llevó a vivir en el gallinero electrificado” y cuando “vio al señor Brown en el primer automóvil que llegó a Macondo – un convertible anaranjado con una corneta que espantaba a los perros con sus ladridos-, el viejo guerrero se indignó con los serviles espavientos de la gente” (273). Por un lado, cabe notar que según la visión de mundo del coronel Aureliano Buendía la compañía se hace perjudicial precisamente cuando entra a alterar las dinámicas políticas del gobierno local de Macondo, y por eso el viejo guerrero alcanza a percibir brumosamente su vinculación con el régimen represor conservador contra el que luchó en su juventud. También es significativo que desde el punto de vista del coronel la llegada de un automóvil no sea sinónimo de progreso y desarrollo, sino que es un síntoma de retroceso moral, al encantar a una población que ahora se volcaba pusilánime ante los deseos de los extranjeros.

En *Cien años de soledad* también se presenta la situación de Macondo bajo la compañía bananera como un estado de violencia continua y sanguinaria. Cuando llega la compañía no solo cambian los gobernantes locales, sino que “los antiguos policías fueron

reemplazados por sicarios de machete”, los incidentes de violencia se multiplican y ganan crueldad:

Por esos días, un hermano del olvidado coronel Magnífico Visbal llevó a su nieto de siete años a tomar un refresco en los carritos de la plaza, y porque el niño tropezó por accidente con un cabo de la policía y le derramó el refresco en el uniforme, el bárbaro lo hizo picadillo a machetazos y decapitó de un tajo al abuelo que trató de impedirlo. (273)

Así, la violencia ligada a la producción bananera no se hace presente en la región únicamente al momento en que se da la posterior huelga de los trabajadores, sino que desde la instauración de la compañía, esta acompaña a la producción. Por eso, un poco antes, el coronel les recomendó a sus hijos abandonar Macondo, porque “no entendía qué iban a hacer en un pueblo que de la noche a la mañana se había convertido en un lugar de peligro” (p. 272).

Todo esto lleva al coronel a entender la situación y a cambiar su actitud inicial radicalmente. Un día, en el colmo de la cólera llega a decir:

¡Un día de estos –gritó- voy a armar a mis muchachos para que acaben con estos gringos de mierda! (p. 274)

Pero su estallido es rápidamente repelido por las fuerzas oscuras que han llegado a trabajar con la compañía bananera, y sus diecisiete hijos son asesinados en la misma noche, en lo que podría catalogarse dentro de la novela como la primera masacre de las bananeras, antes que la matanza de los trabajadores en la plaza. Esto produce en el coronel Aureliano Buendía la certeza de la necesidad de combatir a la compañía bananera “y por primera vez en sus callados años de soledad lo atormentó la definida certidumbre de que había sido un

error no proseguir la guerra hasta sus últimas consecuencias” (273). En la mente del coronel Aureliano Buendía la invasión tumultuosa de la compañía norteamericana y la resistencia de los habitantes de Macondo parece percibirse como una continuación de las guerras civiles del siglo anterior entre las fuerzas conservadoras y los revolucionarios liberales, aunque ahora tome las características propias de una guerra anti-imperialista. Por esto va a ser tan amarga la derrota final del mítico coronel cuando intente levantar a sus antiguos aliados contra el nuevo enemigo y comprenda que ya es demasiado tarde. En cierta medida, la batalla contra la compañía bananera fue el último levantamiento impulsado y perdido por el coronel Aureliano Buendía.

La posición crítica e informada del coronel sobre las implicaciones de la compañía bananera va a ser posteriormente transmitida a José Arcadio Segundo, su heredero simbólico dentro de la novela, y de este al movimiento obrero que pocas páginas después va a iniciar la huelga. En la novela se muestran las continuas reuniones entre José Arcadio Segundo y su tío abuelo Aureliano Buendía, a pesar de las dudas de la familia, que los veían como dos proscritos dentro del orden familiar. Sin embargo, José Arcadio Segundo opera en la novela como una forma de prolongación de la figura del coronel Aureliano Buendía, no solo por recibir de él una interpretación de la historia del pueblo en las prolongadas sesiones de conversación (que nunca se muestran explícitamente en la novela) sino también porque al momento de la huelga José Arcadio Segundo va a repetir la súbita explosión de valor y liderazgo que el coronel mostró en los años de su juventud ante el advenimiento de un enemigo superior, y hasta va a repetir algunas de las características propias del coronel, incluida su capacidad para los vaticinios, cuando siente llegar los soldados del gobierno y

“aunque no era hombre de presagios, la noticia fue para él como una anuncio de la muerte” (343).

Mientras el coronel y José Arcadio Segundo preparan una resistencia política frontal contra la compañía, al interior de la casa de los Buendía se van a asumir otras dinámicas familiares en relación con la presencia extranjera. Por un lado, se percibe en la novela un paralelismo entre el estado de represión en el que cae Macondo y las dinámicas de la familia, en donde se va a ver cuestionada la sempiterna autoridad de Úrsula Iguarán, “porque entonces era Fernanda quien imponía sus leyes” (289). Para Fernanda, representante de un orden y unas costumbres de índole medieval, “la gente de bien era la que no tenía nada que ver con la compañía bananera” (289). Pero la resistencia de Fernanda a la compañía bananera no era de la misma índole revolucionaria liberal que la del coronel Aureliano Buendía, sino la de un orden colonial directamente relacionable con la herencia española en contraposición con el neo-imperialismo norteamericano. Igualmente, se pueden catalogar de “antiguo régimen” las actitudes que van a tomar otros miembros de la familia, que en lugar de enfrentarse a la compañía bananera intentan una alianza más amable. Por eso, Meme, la hija del matrimonio entre Aureliano Segundo y Fernanda del Carpio, van a ser animada a visitar el “gallinero electrificado” para que toque el clavicordio, nade en sus piscinas y hasta se empareje con algún pelirrojo norteamericano. Es decir, para la familia Buendía otro de los errores históricos es intentar forjar alianzas familiares con fuerzas políticas y económicas que funcionan con otras dinámicas diferentes a las del pueblo. Evidentemente, esta forma de congeniar los intereses contrapuestos va a fracasar por su

evidente anacronismo en medio del momento tan diferente de la historia en que se encuentran.

Otro de los temas sobre la compañía bananera en que *Cien años de soledad* hace eco a *La hojarasca* es precisamente en la descripción de la llegada tumultuosa de la horda de viajeros y aventureros atraídos por la compañía bananera:

La Calle de los Turcos, enriquecida con luminosos almacenes de ultramarinos que desplazaron los viejos bazares de colorines, bordoneaba la noche del sábado con las muchedumbres de aventureros que se atropellaban entre las mesas de suerte y azar (...) entre cuerpos que a veces eran de borrachos felices y casi siempre de curiosos abatidos por los disparos, trompadas, navajinas y botellazos de la pelotera. Fue una invasión tan tumultuosa e intempestiva, que en los primeros tiempos fue imposible caminar por la calle con el estorbo de los muebles y los baúles, y el trajín de carpintería de quienes paraban sus casas en cualquier terreno pelado sin permiso de nadie, y el escándalo de las parejas que colgaban sus hamacas entre los almendros y hacían el amor bajo los toldos, a pleno día y a la vista de todo el mundo. (262)

Al igual que *La hojarasca*, en *Cien años de soledad* esta turbamulta de forasteros es vista con desprecio por parte de los habitantes originales, quienes ven con preocupación la llegada de esta especie de plaga que invade al pueblo. Como en toda la novela, la llegada de la compañía y de las personas asociadas a ella no logra congeniar con la población local ni con la familia Buendía, que una vez más se debate entre sus impulsos a permanecer cerrada en sí misma o ponerse en contacto con el mundo exterior. El problema es que cuando intenta el vínculo con lo externo la imposibilidad para entender la naturaleza de las relaciones sociales de su momento histórico los lleva a desenlaces trágicos como el de la masacre bananera.

## 5.2 El apocalipsis bananero

Después muchas páginas en las que se describen las relaciones entre los recién venidos y los habitantes de Macondo, las tensiones largamente alimentadas van a estallar y la huelga bananera se va a hacer inatajable. Al momento de describir la huelga del banano, García Márquez revela en su prosa el carácter de cada uno de los discursos contrapuestos en la disputa en la forma en que se relatan sus acciones. Por un lado, las estrategias retóricas de la compañía y los poderes políticos locales y nacionales se describen utilizando los recursos de la farsa y el humorismo: el señor Jack Brown, gerente de la compañía, para desentenderse del pliego de peticiones de los trabajadores se hace pasar por muerto, o por un “inofensivo vendedor de plantas medicinales, nacido en Macondo y allí mismo bautizado con el nombre de Dagoberto Fonseca” (342). Para completar, poco después, los “ilusionistas del derecho demostraron que las reclamaciones carecían de toda validez”, “desvirtuaban estos cargos con arbitrios que parecían cosa de magia” y, finalmente, “proclamaron en bandos solemnes la inexistencia de los trabajadores” (342), en un “delirio hermenéutico” de distracción que buscaba escamotear la tragedia con la comedia. Y después del desenlace fatal que tendrá la huelga bananera, y después de la narración descarnada que hace la novela de este incidente, el absurdo de las declaraciones del gobierno va a contrastar aun con más fuerza con la realidad del horror descrito unas páginas antes:

Tampoco él (Aureliano Segundo) creyó la versión de la masacre ni la pesadilla del tren cargado de muertos que viajaba hacia el mar. La noche anterior habían leído un bando extraordinario, para informar que los obreros habían obedecido la orden de evacuar la estación, y se dirigían a sus casas en caravanas pacíficas. El bando informaba también que los dirigentes sindicales, con un elevado espíritu patriótico,

habían reducido sus peticiones a dos puntos: reforma de los servicios médicos y construcción de letrinas en las viviendas. (351)

Los trabajadores, por su parte, son mostrados en la novela como los dueños del sentido común y la justicia:

Los obreros aspiraban a que no se les obligara a cortar y embarcar banano los domingos, y la petición pareció tan justa que hasta el padre Antonio Isabel intercedió en favor de ella porque la encontró de acuerdo con la ley de Dios. (337)

De esta manera, García Márquez contrasta en unas pocas páginas la burla del poder y la consciencia informada de los trabajadores, lo que no deja duda sobre sus preferencias por esta última. Los mecanismos de distracción y engaño del poder son equiparados con la magia, con la prestidigitación y la constante grandilocuencia con la que se narra el engaño guarda cercanas similitudes con el discurso legalista propio de la sociedad colombiana. Ley, magia y engaño van de la mano para García Márquez, y solo pueden ser contrarrestados por una consciencia real y sensata por parte de los trabajadores.

La descripción de los pormenores de la huelga bananera hecha por García Márquez en *Cien años de soledad* es bastante cercana a lo que el relato historiográfico dice sobre la huelga de los trabajadores del banano en el Magdalena en noviembre de 1928. Las razones de la huelga, el pliego de peticiones presentado por los trabajadores, la reacción del gobierno y el envío de las fuerzas militares para contener la situación, entre otros, son elementos de la realidad histórica del Magdalena que García Márquez traspasa casi exactamente a su novela. Además de esto, en el momento de la masacre en la plaza de Macondo, el autor va a presentar con sus nombres y apellidos a los dos responsables gubernamentales de la represión, el general Carlos Cortés Vargas y el mayor Enrique

García Isaza, los mismos militares responsables de dar la orden de fuego contra los manifestantes congregados en la estación de Ciénaga, Magdalena, el 6 de diciembre de 1928.

En la representación literaria de la huelga y masacre bananera el autor posiciona entonces elementos de la historiografía, como los nombres de los responsables del incidente, para reafirmar la relación innegable de su relato con la historia de su región. Gracias a procedimientos como este se puede inferir que el deseo del narrador es dejar claro que su narración literaria debe leerse a la luz de acontecimientos históricos reales, y si bien se cuida de no convertir su novela en un largo reportaje con ínfulas de objetividad, tampoco permite que el lector crea que todo se trata de sucesos ficticios. Es decir, el autor asume una posición consciente respecto a la historia, y da a entender que está hablando de historia real en medio de su ficción.

El momento culminante de la tensión referida a la huelga del banano en *Cien años de soledad*, está en la descripción de la masacre final. A continuación se transcriben los fragmentos más significativos de este episodio, que ocupa varias páginas de la novela.

Hacia las doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas, entre trabajadores, mujeres y niños, habían desbordado el espacio descubierto frente a la estación y se apretujaban en las calles adyacentes que el ejército cerró con filas de ametralladoras. Aquello parecía entonces, más que una recepción, una feria jubilosa... Un poco antes de la tres corrió el rumor de que el tren oficial no llegaría hasta el día siguiente. La muchedumbre cansada exhaló un suspiro de desaliento... Al lado de José Arcadio Segundo estaba una mujer descalza, muy gorda, con dos niños de unos cuatro y siete años. Cargó al menor y le pidió a José Arcadio Segundo, sin conocerlo, que levantara al otro para que oyera mejor lo que iban a decir. José Arcadio Segundo se acaballó al niño en la nuca. Muchos años después, ese niño había de seguir contando, sin que nadie se lo creyera, que había visto al

teniente leyendo con una bocina de gramófono el Decreto Número 4 del Jefe Civil y Militar de la provincia. Estaba firmado por el general Carlos Cortés Vargas, y por su secretario, el mayor Enrique García Isaza, y en tres artículos de ochenta palabras declaraba a los huelguistas *cuadrilla de malhechores* y facultaba al ejército para matarlos a bala... Al final de su grito ocurrió algo que no le produjo espanto, sino una especie de alucinación. El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto. Pero todo parecía una farsa. Era como si las ametralladoras hubieran estado cargadas con engañifas de pirotecnia, porque se escuchaba su anhelante tableteo, y se veían sus escupitajos incandescentes, pero no se percibía la más leve reacción, ni una voz, ni siquiera un suspiro, entre la muchedumbre compacta que parecía petrificada por una invulnerabilidad instantánea. De pronto, a un lado de la estación, un grito de muerte desgarró el encantamiento: “Aaaay, mi madre”. Una fuerza sísmica, un aliento volcánico, un rugido de cataclismo estallaron en el centro de la muchedumbre con una descomunal potencia expansiva. José Arcadio Segundo apenas tuvo tiempo de levantar al niño, mientras la madre con el otro era absorbida por la muchedumbre centrifugada por el pánico... Muchos años después, el niño había de contar todavía, a pesar de que los vecinos seguían creyéndolo un viejo chiflado, que José Arcadio Segundo lo levantó por encima de su cabeza, y se dejó arrastrar, casi en el aire, como flotando en el terror de la muchedumbre, hacia una calle adyacente. La posición privilegiada del niño le permitió ver que en ese momento la masa desbocada empezaba a llegar a la esquina y la fila de ametralladoras abrió fuego... Los sobrevivientes, en vez de tirarse al suelo, trataron de volver a la plazoleta, y el pánico dio entonces un coletazo de dragón, y los mandó en una oleada compacta contra la otra oleada compacta que se movía en sentido contrario, despedida por el otro coletazo de dragón de la calle opuesta, donde también las ametralladoras disparaban sin tregua. Estaban acorralados, girando en un torbellino gigantesco que poco a poco se reducía a su epicentro porque sus bordes iban siendo sistemáticamente recortados en redondo, como pelando una cebolla, por las tijeras insaciables y metódicas de la metralla. El niño vio una mujer arrodillada, con los brazos en cruz, en un espacio limpio, misteriosamente vedado a la estampida. Allí lo puso José Arcadio Segundo, en el instante de derrumbarse con la cara bañada en sangre, antes de que el tropel colosal arrasara con el espacio vacío, con la mujer arrodillada, con la luz del alto cielo de sequía, y con el puto mundo donde Úrsula Iguarán había vendido tantos animalitos de caramelo. (346-348)

Al analizar este fragmento nos encontramos con varios elementos que condensan las ideas e interpretaciones de la historia propias de la narrativa de García Márquez. En primer lugar, en la escena se hace efectivo de manera dramática el encerramiento que la compañía propició en Macondo desde su misma llegada. Después de arrinconarlos con sus construcciones y con sus cultivos de banano, la compañía bananera termina arrinconando a los habitantes de Macondo de frente a su muerte, y luego los arrumará en los vagones como banano de rechazo. Una vez más, García Márquez muestra en su literatura que el objetivo final de la compañía extranjera no es la fruta, sino el pueblo mismo.

También encontramos en este fragmento una focalización de la narración que nos parece fundamental: la voz narradora va a describir lo sucedido desde la perspectiva de un pequeño niño al que José Arcadio Segundo carga en sus hombros y no desde la omnisciencia que siempre parece demostrar el narrador. Es decir, a pesar de que los pormenores de la huelga y la persecución militar son presentados en un discurso fácilmente corroborable con la historiografía, el momento de la masacre es narrado con la libertad propia de un recuerdo, de la memoria colectiva concentrada en la voz de un pequeño niño que después va a recordar lo sucedido, aunque lo crea loco.

Al ser la masacre de Ciénaga, Magdalena, del 6 de diciembre de 1928, un suceso sobre el que se han tejido versiones diferentes y encontradas, el novelista se permite reconstruir con plenos uso de su imaginación el evento histórico y cargarlo de todo el dramatismo que desea imprimirle al momento. Y es evidente que al hablar de la masacre el autor no tiene ningún interés en narrarla con un tono aséptico u “objetivo”, a pesar de que en otras ocasiones durante la novela se ha mostrado poco inclinado a usar expresiones exclamativas

de aprobación o de rabia. No de otra manera se puede entender la interjección que introduce al final del fragmento cuando habla del “*puto* mundo en el que Úrsula Iguarán había vendido tantos animalitos de caramelo”. (348)

También se evidencia en la narración de la masacre la persistencia de la “alucinación”, la “farsa” y el “encantamiento” como las reacciones propias de la multitud de Macondo. Ya hemos visto que en la mayoría de casos que en *Cien años de soledad* se habla de magia o encantamiento no se está celebrando un supuesto carácter maravilloso del Caribe colombiano, sino que se está denunciando la manipulación y la desorientación de la sociedad con respecto a las oscuras intenciones de un prestidigitador perverso. Por eso, hasta el último momento la gente de Macondo no parece despertar del estado obnubilado en que se encuentra hasta que “un grito de muerte desgarró el encantamiento”. Solo entonces, cuando el peso de la historia de explotación capitalista se hace evidente en la forma de una bala que desgarró el vientre es que la multitud, parece despertar de su sueño. Entonces, la muchedumbre se moverá “centrifugada por el pánico”, enviada de un lado a otro por los coletazos de dragón de las ametralladoras, “girando en un torbellino gigantesco que poco a poco se reducía a su epicentro porque sus bordes iban siendo sistemáticamente recortados en redondo, como pelando una cebolla, por las tijeras insaciables y metódicas de la metralla” (348). Los mismos movimientos con que se describió la hojarasca de trabajadores llegados a Macondo con la fiebre del banano, en la novela del mismo nombre (torbellino, centrifugado, etc.), son usados ahora por el narrador de *Cien años de soledad* para describir el destino final de los trabajadores. También en este momento se les compara con un vegetal, ya no el banano sino la cebolla, y su némesis es representada por unas tijeras

metódicas e insaciables, instrumentos de la racionalidad técnica que, lejos de ser implementos de progreso, aparecen con todo su carácter de herramientas de la destrucción.

### **5.3 Perder la historia, ganar consciencia**

Una vez consumada la masacre, el punto de vista de la narración vuelve a José Arcadio Segundo, quien se despierta en un tren cargado de muertos y se da cuenta de que “quienes los habían puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumarlos en el orden y el sentido en que se transportaban los racimos de banano” (348). El ciclo de producción bananera se ve así finalmente terminado, y se pone en evidencia que el producto por el que venía la compañía eran los propios cuerpos de los trabajadores, y la constante homologación que se ha venido haciendo en la novela de los trabajadores con la fruta cobra su sentido final.

A pesar de que a partir de ese momento nunca se sabrá con claridad si el José Arcadio Segundo que presenta la novela es un sobreviviente de la masacre o el espectro de un hombre que cayó muerto junto a los otros tres mil cuerpos en la plaza de Macondo, su papel va a ser fundamental para presentar la interpretación de la historia de las bananeras que ofrece *Cien años de soledad*. Para empezar, hay que reconocer que en la novela se repite insistentemente que hay una “historia verdadera” y una “historia falsa” sobre la masacre de las bananeras. Lejos de entrever relativismos epistemológicos sobre lo que es verdad y es mentira, García Márquez deja ver que en *Cien años de soledad* hay un relato verdadero sobre eventos trágicos que efectivamente sucedieron, que es el que conserva y propaga José Arcadio Segundo, y uno falso que se va propagar y ser creído por la mayoría. Como se va a

especificar hacia el final de la novela, cuando Aureliano Babilonia conozca a Gabriel: “Aureliano y Gabriel estaban vinculados por una especie de complicidad, fundada en hechos reales en los que nadie creía” (442).

Por otro lado, se encuentra la versión falsa, la impostura de la historia, la que todos creyeron:

La versión oficial, mil veces repetida y machacada en todo el país por cuanto medio de divulgación encontró el gobierno a su alcance, terminó por imponerse: no hubo muertos. (351)

Por eso, varios años después “cuando Aureliano se incorporara al mundo, había de pensarse que contaba una versión alucinada, porque era radicalmente contraria a la falsa que los historiadores habían admitido y consagrado en los textos escolares” (396). Y más adelante:

Cada vez que Aureliano tocaba el punto, no solo la propietaria, sino algunas personas mayores que ella, repudiaban la patraña de los trabajadores acorralados en la estación, y del tren de doscientos vagones cargados de muertos, e inclusive se obstinaban en lo que después de todo había quedado establecido en expedientes judiciales y en los textos de la escuela primaria: que la compañía bananera no había existido nunca. (442)

Al contemplar estas líneas, en las que se usan calificativos de *real* y *falsa* para referirse a la historia de las bananeras, no se puede dejar de pensar que Gabriel García Márquez buscaba posicionarse claramente desde la literatura en oposición al discurso historiográfico colombiano de su tiempo y cuestionar la deformación o ausencia del relato sobre la masacre de 1928 en la producción académica nacional. Hay que recordar que para 1967, fecha de publicación de *Cien años de soledad* los relatos sobre la masacre de las bananeras del

Magdalena que circulaban en la sociedad colombiana se reducían a algunas comunicaciones oficiales, a la solitaria denuncia del congresista Jorge Eliécer Gaitán y al relato que sobre el particular se enseñaba todavía basándose en el famoso *Compendio de historia de Colombia*, de Henao y Arrubla, libro de historia que desde 1910 era la biblia historiográfica nacional y en donde la versión que había de la huelga y masacre del 28 palidecía ante la gravedad de lo que después se comprobó al respecto.

Con el episodio de la masacre bananera García Márquez parece denunciar en la novela al mismo tiempo el despiadado dominio económico norteamericano, la complicidad del gobierno en favor de la compañía extranjera, y la participación del sistema de justicia y, lo que es peor, de los historiadores, en la eternización del olvido y la impunidad sobre lo sucedido. Así, la consumación de la masacre se da con la muerte final, el olvido. Pero en *Cien años de soledad* el olvido no es simplemente la falta de consciencia sobre el pasado o sobre un incidente particular sino una enfermedad corrosiva que va a acabando paulatinamente con el mundo, y que a la final es la que destruye a Macondo.

Y este es uno de los puntos fundamentales de *Cien años de soledad*: después de la masacre de las bananeras se van a acabar al mismo tiempo la vida espiritual del pueblo, que cae en el olvido y la inconsciencia, así como la infraestructura física de toda la región. En la novela, la destrucción definitiva después de la masacre se da cuando el gerente de la compañía, el señor Brown declara el fin de la huelga y ofrece un jolgorio a los trabajadores. Pero cuando el señor Brown anunció su decisión se precipitó en toda la zona bananera un aguacero torrencial”. Esta lluvia se prolongará por más de cuatro años y terminará de acabar con el desvencijado Macondo, y el narrador deja claro en varios apartados que este

fenómeno climatológico se puede asociar directamente con la compañía norteamericana: “Se desempedra el cielo en unas tempestades de estropicio, y *el norte mandaba* unos huracanes que desportillaron techos y derribaron paredes”; “(Aureliano Segundo) había ido a la casa por algún asunto casual la noche en que *el señor Brown convocó la tormenta*. (357) (Subrayados míos)

Para García Márquez la masacre bananera es la que va acabar con Macondo en todos los sentidos. Sin embargo, en la historia real de la zona bananera del Magdalena la masacre de 1928 no significó ni el final de la producción bananera ni el retiro de la United Fruit Company de la región (ver capítulo 2), ya que la producción de banano (y la violencia unida a ella) en el Caribe colombiano se mantuvo por varias décadas más. En este punto la narración de García Márquez se aleja de la historiografía sobre lo sucedido para transmitir la impresión de que el punto de inflexión de la historia bananera fue la huelga y la masacre, pues significó el final de Macondo, y, de alguna manera alegórica, el de su región natal.

Pero aun en medio de la destrucción y el olvido generalizado que quedaron después de la masacre, todavía quedan en Macondo personajes que tienen la información fehaciente sobre lo sucedido en la plaza, aunque queden condenados al ostracismo y la burla generalizada. Así, de manera similar a como la familia excluyó a José Arcadio Buendía, el patriarca de la familia, después de que este había explorado los territorios prohibidos del conocimiento, los Buendía van a tratar a José Arcadio Segundo como paria y loco hasta el final de sus días. En varios momentos los miembros de la familia comparan a José Arcadio Segundo con el patriarca de la familia, pues cuando Aureliano Segundo lo busca en su cuarto, pocos meses después de su encierro “le bastó aquella mirada para ver repetido en

ella el destino irreparable del bisabuelo” (356); y cuando es Úrsula Iguarán la que viola la soledad de su encierro y ve el estado en el que vive es ella quien comprende “que él estaba en un mundo de tinieblas más impenetrable que el suyo, tan infranqueable y solitario como el del bisabuelo” (382).

Aunque José Arcadio Buendía sea tomado por loco dentro del entorno familiar, el narrador omnisciente deja las cosas claras: “En realidad, a pesar de que todo el mundo lo tenía por loco, José Arcadio Segundo era en aquel tiempo el habitante más lúcido de la casa” (396). Su lucidez le alcanza hasta para llegar a una cifra exacta sobre el número de muertos abatidos en la plaza: 3.408 (382). Pero está claro que en *Cien años de soledad* el acceso al conocimiento se paga con la proscripción y los personajes que acceden a la verdad se ven excluidos por los otros, los alucinados, los que siguen creyendo en las mentiras.

Sin embargo, José Arcadio Segundo va a cumplir hasta el final de su vida con el deber de transmitir la memoria de lo sucedido a las futuras generaciones. Antes de morir, con su último aliento, le recuerda a su sobrino nieto, Aureliano Babilonia, la obligación de recordar: “-Acuérdate siempre de que eran más de tres mil y que los echaron al mar” (401).

Este le hace caso hasta el final y en las últimas páginas sigue luchando contra el olvido:

¡Ah! –dijo-, entonces usted tampoco cree.. Que el ejército acorraló y ametralló a tres mil trabajadores, y que se llevaron los cadáveres para echarlos al mar en el tren de doscientos vagones. (463)

En la figura del último Aureliano de la estirpe, el que va intentar inútilmente redimir un siglo de errores y perdición, se va a concentrar finalmente el único logro que García

Márquez parece extraer de todo el desdichado episodio de la compañía bananera: que alguien lo entienda y tome consciencia del efecto negativo que tuvo para su pueblo:

Ocurrió un día en que alguien se lamentó en la mesa de la ruina en que se hundió el pueblo cuando lo abandonó la compañía bananera, y Aureliano lo contradijo con una madurez y una versación de persona mayor. Su punto de vista, contrario a la interpretación general, era que Macondo fue un lugar próspero y bien encaminado hasta que lo desordenó y lo corrompió y lo exprimió la compañía bananera, cuyos ingenieros provocaron el diluvio como un pretexto para eludir compromisos con los trabajadores. Hablando con tan buen criterio que a Fernanda le pareció una parodia sacrílega de Jesús entre los doctores, el niño describió con detalles precisos y convincentes cómo el ejército ametralló a más de tres mil trabajadores acorralados en la estación, y cómo cargaron los cadáveres en un tren de doscientos vagones y los arrojaron al mar. (...) (José Arcadio Segundo) enseñó al pequeño Aureliano a leer y a escribir, lo inició en el estudio de los pergaminos y le inculcó una interpretación tan personal de lo que significó para Macondo la compañía bananera, que muchos años después, cuando Aureliano se incorporaba al mundo, había de pensarse que contaba una versión alucinada, porque era radicalmente contraria a la falsa que los historiadores habían admitido y consagrado en los textos escolares. (395-396)

Se puede decir que en este fragmento se condensa la visión sobre la compañía bananera que García Márquez trabajó desde su primera novela, y se reitera a través de unos personajes el balance negativo de la incursión económica extranjera, que *desordenó*, en lo social y político, *corrompió*, en lo moral, *exprimió*, en lo económico, a la región, y propició la atroz matanza que todos quieren olvidar. Sin embargo, esta comprensión llegó muy tarde, cuando ya Macondo se encaminaba sin remedio hacia la destrucción final. Los personajes de *Cien años de soledad* parecen haber perdido la batalla contra el neo-imperialismo traído por la compañía norteamericana, pero la novela parece haber cumplido la función de desenmascarar el sentido de la historia ignorada. El crítico Gerald Martin reconoce esta función en la obra y en la generación de García Márquez.

Es la nueva generación, la del mismo García Márquez (la de Aureliano Babilonia y Gabriel) la que finalmente lee y escribe la historia real del continente. Lo hacen precisamente al descifrar la realidad mágica y las fantasías laberínticas de los anteriores cien años de soledad (...) en las que tantos otros han sido hechizados y engañados. (1987, p. 111)

## **CONCLUSIONES (*Vivir para contarla*)**

Después de venir anunciándolas durante décadas, Gabriel García Márquez publicó en 2002 sus memorias, a las que bautizó *Vivir para contarla*. Concebidas como un proyecto de varios volúmenes en los que se revelarían las relaciones entre su obra y su propia vida, las memorias solo llegaron a un solo tomo, en el que el escritor repasa su vida hasta 1955.

A pesar de estar basadas en las experiencias reales, es indudable que las memorias de García Márquez combinan hechos y personajes reales con una gran dosis de imaginación y fabulación literaria. El propio García Márquez abre el libro con el epígrafe: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”, para advertir al lector sobre los muchos excesos imaginativos que encontrará en la narración. Por eso, y como si de una de sus novelas se tratara, en *Vivir para contarla* el lector nunca está seguro de cuánto es recuerdo, cuánto es realidad y cuánto es fabulación.

Sin embargo, esta obra sirve mucho para escuchar finalmente al escritor Gabriel García Márquez expresando directamente su visión histórica, ética y política de muchos de los sucesos de la historia de Colombia, así como mostrando cómo estos fueron trasplantados a su literatura. A manera de conclusión de este estudio, nos interesa ver cómo en sus memorias, García Márquez da su versión sobre la compañía y masacre bananeras, y cómo

sus juicios e impresiones son la concreción final de los mismos juicios e impresiones que ya había desarrollado de un modo más sutil en su literatura anterior, la misma que hemos estudiado en este ensayo.

*Vivir para contarla* empieza con la narración del viaje que hizo el joven Gabriel García Márquez en 1950 a su pueblo natal, después de haberlo dejado en 1937, con su madre para vender la casa de la familia. En este viaje, que ocupa el primer capítulo de las memorias, el “viaje a la semilla” del escritor revela el fundamental papel que jugó la compañía bananera en la formación del escritor y en la inspiración de sus obras. El sentimiento constante que parece dominar la sensibilidad de García Márquez al volver a Aracataca y a la zona bananera es la impresión que le produce encontrar la región arruinada después de ser abandonada por la United Fruit Company después de la II Guerra Mundial. Del pueblo bananero, agitado y vivo, que había conocido García Márquez de pequeño, ahora quedaba muy poco.

Todo era idéntico a los recuerdos, pero más reducido y pobre, y arrasado por un ventarrón de fatalidad: las mismas casas carcomidas, los techos de cinc perforados por el óxido, el camellón con los escombros de las bancas de granito y los almendros tristes, y todo transfigurado por aquel polvo invisible y ardiente que engañaba la vista y calcinaba la piel. El paraíso privado de la compañía bananera, al otro lado de la vía férrea, ya sin la cerca de alambre electrificado, era un vasto matorral sin palmeras, con las casas destruidas entre las amapolas y los escombros del hospital incendiado. (p. 31)

La imagen del joven recorriendo las ruinas de un pueblo alguna vez grandioso fue llamada por Mario Vargas Llosa la “imagen clave” de la literatura garciamarqueana (Vargas Llosa, 19), pues en varios de sus cuentos y novelas esta es recurrente y en gran medida determina el proceso de la narración. Justamente en las novelas y cuentos

“bananeros” esta es la imagen constante: el padre Antonio Isabel viendo la estación abandonada, y antes plétórica en los días del esplendor bananero, en el cuento “Un día después del sábado”; Aureliano Babilonia caminando las calles de Macondo, en el último capítulo de *Cien años de soledad*, y mirando las viejas instalaciones de la compañía bananera convertidas en escombros cubiertos de polvo y óxido; y Fermina Daza volviendo a su pueblo, Ciénaga, en *El amor en los tiempos del cólera*, y encontrando solo muertos a su paso por las calles antes repletas de trabajadores bananeros. A partir de esa imagen García Márquez escribió una literatura rica y densa justamente para explicar el decaimiento de su región natal. Y ese decaimiento tiene una sola explicación: la compañía bananera.

Si bien la United Fruit Company estuvo en la zona bananera del Magdalena por más de medio siglo, y alcanzó a ser fuente de trabajo y riqueza para muchos, en las memorias de García Márquez, las alusiones al esplendor del reino del banano lo muestran siempre como algo fugaz y transitorio. Por ejemplo, al presentar a su madre en sus memorias dice:

Había nacido en una casa modesta, pero creció en el esplendor *efímero* de la compañía bananera, del cual le quedó al menos una buena educación de niña rica. (p. 13).

Cuando habla del vagón de primera clase del tren que recorría la zona bananera, dice:

No conocí ningún mortal que hubiera visto por dentro esa carroza de *fantasía*. (24)

Además, cuando se refiere a los forasteros llegados a la zona durante la presencia de la United, los muestra como ilusos que van detrás de un sueño: de un emigrado venezolano dice que había sido arrastrado por dos fuerzas contrarias: “la ferocidad del déspota de su país y la *ilusión* de la bonanza bananera en el nuestro” (38). De su propia familia, dice que

llegó a la zona bananera en 1910, cuando “el imperio absoluto de la compañía bananera empezaba a parecerse al *sueño* de la tierra prometida” (71). Así que también en sus memorias, para el escritor colombiano la compañía representó un esplendor fugaz, una ilusión (una fantasía) y una esperanza, más que una realidad para los habitantes del Caribe colombiano que la sufrieron.

Pero en sus memorias García Márquez también pone en evidencia que su visión sobre la compañía no es la dominante. Por el contrario, la reflexión dominante entre los habitantes de la Ciénaga y la Aracataca que aparecen en *Vivir para contarla* es que la compañía significó algo bueno para la región, y el escritor evoca a su madre hablando continuamente de la nostalgia de la compañía muchos años después de su período en

Aracataca:

Cuando tenía algún sueño que le interesaba tanto como para contarlo al desayuno, estaba siempre relacionado con sus añoranzas de la zona bananera. Sobrevivió a sus épocas más duras sin vender la casa, con la ilusión de cobrar por ella hasta cuatro veces más cuando volviera la compañía. (26)

También, al momento de subir al tren que lo llevaría a Aracataca, García Márquez describe:

La nostalgia, como siempre, había borrado los malos recuerdos y magnificado los buenos. Nadie se salvaba de sus estragos. Desde la ventanilla del vagón se veían los hombres sentados en la puerta de sus casas y bastaba con mirarles la cara para saber lo que esperaban. Las lavanderas en las playas de caliche miraban pasar el tren con la misma esperanza. Cada forastero que llegaba con un maletín de negocios les parecía que era el hombre de la United Fruit Company que volvía a restablecer el pasado. (26)

Al igual que el Aureliano Babilonia de *Cien años de soledad*, quien desde niño tiene claro que Macondo fue un pueblo próspero hasta que la compañía lo degeneró, a pesar de que los demás habitantes seguían diciendo que los supuestos desmanes de la compañía no habían existido, el propio García Márquez planteó una versión que era diametralmente opuesta, no solo a la de los historiadores, sino a la de los propios habitantes de la zona, que hasta el día de hoy siguen extrañando a la compañía como fuente de prosperidad. En ese sentido, se puede decir que la versión de García Márquez sobre la compañía bananera es subversiva no solo respecto al discurso historiográfico nacional, sino con respecto incluso a la propia memoria colectiva de la zona bananera.

En el primer capítulo de *Vivir para contarla* y en la misma escena del viaje por tres, aparece otro “personaje”, un cura, que refleja mejor la posición de García Márquez sobre la compañía:

El tema de su prédica era la posibilidad de que la compañía bananera regresara. Desde que ésta se fue no se hablaba de otra cosa en la Zona y los criterios estaban divididos entre los que querían y los que no querían que volviera, pero todos lo daban por seguro. El cura estaba en contra, y lo expresó con una razón tan personal que a las mujeres les pareció disparatada:

-La compañía deja la ruina por donde pasa. (25)

Y no es que Gabriel García Márquez no reconozca que hubo un momento de esplendor económico, pues en las memorias también evoca las cumbiambas en las que los trabajadores encendían billetes en lugar de velas, y en otro momento recuerda los productos importados que podían conseguirse en la región (“en el comisariato de la compañía bananera se vendían a precios de ocasión las manzanas de California envueltas en papel de

seda, los pargos petrificados en hielo, los jamones de Galicia, las aceitunas griegas” (82)). Sin embargo, en su literatura todo este aparente esplendor no parece alcanzar para desconocer las dinámicas neo-imperialistas detrás de la bonanza y siempre insiste en que el resultado perdurable del paso de la compañía es la ruina.

Además, el escritor también pareció interpretar la producción bananera en el Magdalena como el momento de la irrupción de una serie de visitantes indeseados: los aventureros y trabajadores de ocasión que llegaron con la compañía, la violencia que vino con los representantes de la empresa y el gobierno aliado a ella, y, por último, los soldados del interior del país que llegaron a reprimir la huelga. A pesar de que la propia familia de García Márquez hizo parte de “la hojarasca” que llegó a la zona bananera por el esplendor de la producción bananera, en su literatura la posición que asumió el escritor fue la de los fundadores del pueblo que se ven arrollados por los recién llegados. Como ya dijimos, uno de los temas continuos de *Cien años de soledad* es el de las fuerzas contrapuestas que sufre la familia Buendía entre los impulsos de cerrarse en sí misma o recibir a los extraños que llegan a su pueblo o a su casa, y en la novela el balance final parece ser que todo lo que llega del exterior, sea la guerra civil o la producción bananera, es perjudicial o se vuelve perjudicial por no saberlo enfrentar los habitantes originales. También en sus memorias, García Márquez va a volver a comentar con sospecha la avalancha de recién venidos:

La más siniestra de las plagas, sin embargo, era la humana. Un tren que parecía de juguete arrojó en sus arenas abrasantes una hojarasca de aventureros de todo el mundo que se tomaron a mano armada el poder de la calle. Su prosperidad atolondrada llevaba consigo un crecimiento demográfico y un desorden social desmadrados. (54)

Se puede decir que según la interpretación de García Márquez los males que llegaron a la zona bananera con la compañía extranjera fueron varios: los viajeros atropellados, la ética facilista, el derroche momentáneo, los funcionarios vendidos, los gringos excluyentes y, finalmente, los soldados traídos por el gobierno para acabar con la huelga. Según esta visión, todos los males vinieron de afuera y la resistencia de algunos locales contra esta invasión no fue suficiente por la fuerza del enemigo y, sobre todo, por la propia ignorancia y entrega de los locales.

Finalmente, en sus memorias García Márquez va a dejar claro que el apocalipsis de su región fue la masacre de las bananeras. Al momento de pasar con su madre por la estación del ferrocarril en Ciénaga, Magdalena, esta le dice:

Mira –me dijo-. Ahí fue donde se acabó el mundo. Yo seguí la dirección de su índice y vi la estación: un edificio de maderas descascaradas, con techos de cinc de dos aguas y balcones corridos, y enfrente una plazoleta árida en la cual no podían haber más de doscientas personas. (22)

La masacre no fue entonces un incidente más en medio de la historia regional, sino el verdadero final absoluto de la región, el “final del mundo” como dice la madre en el episodio citado. Esta va a ser la interpretación final de la masacre bananera y la salida de la compañía, que se resumen de modo dramático en otro fragmento de sus memorias cuando se refiere a la partida de los extranjeros:

Lo único cierto era que se llevaron todo: el dinero, las brisas de diciembre, el cuchillo del pan, el trueno de las tres de la tarde, el aroma de los jazmines, el amor. Sólo quedaron los almendros polvorientos, las calles reverberantes, las casas de madera y techos de cinc olvidados con sus gentes taciturnas, devastadas por los recuerdos. (38)

## BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro, Gustavo. 1979. Constante de la historia latinoamericana en García Márquez. Cali: Banco Popular.
- Archila Neira, Mauricio. 2009. “Primeras representaciones de la masacre de las bananeras”. En *Bananeras. Huelga y masacre. 80 años*. (Editores: Mauricio Archila Neira y Leidy Torres). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Bajtín, Mijaíl. 1989. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Benavides, Ana Cristina. 2014. *La soledad de Macondo o la salvación por la memoria*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Benvenuto, Sergio. “Estética como historia”, en Pedro Simón Martínez (ed) *Recopilación de textos sobre Gabriel García Márquez*. La Habana: Casa de las América, 1969.
- Bost, David H. 1991. “Una vista panorámica de las respuestas literarias a la huelga de las bananeras de 1928” en *Revista de Estudios Colombianos* No 10.
- Bucheli, Marcelo. 2013. *Después de la hojarasca. United Fruit Company en Colombia, 1899-2000*. Bogotá: Banco de la República, Editorial Uniandes.
- Cortes Vargas, Carlos. 1979 *Los sucesos de las bananeras*. Bogotá: Editorial Desarrollo.
- Fonnegra, Gabriel. *Las bananeras, testimonio vivo de una epopeya*. Ediciones Tercer Mundo. Bogotá, 1980.
- Fuentes, Carlos. 1972. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Cuadernos de Joaquín Mortiz.
- García Márquez, Gabriel. 2007. *Cien años de soledad*. Edición conmemorativa Real Academia Española.
- \_\_\_\_\_. 2002. *Vivir para contarla*. Barcelona: Mondadori.
- \_\_\_\_\_. 2000. *La hojarasca*. Bogotá: Editorial Norma.
- \_\_\_\_\_. 1988. *Todos los cuentos*. Bogotá: Editorial La Oveja Negra.

- García Márquez, Eligio. 2001. *Tras las claves de Melquíades. Historia de Cien años de soledad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma,
- González Bermejo, Ernesto. “Ahora, doscientos años de soledad. Entrevista con Gabriel García Márquez”. Revista *Triunfo*, noviembre de 1971. Compilado en *García Márquez habla de García Márquez*. Alfonso Rentería Mantilla (Comp). Bogotá: Rentería Editores LTDA, 1979.
- González Ortega, Nelson. 2013. *Colombia. Una nación en formación en su historia y literatura (siglos XVI-XXI)*. Madrid: Editorial Iberoamericana.
- Halperín Donghi, Tulio. “Nueva narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década de los sesenta”. En Rama, Ángel (ed). *Más allá del boom: literatura y mercado*. Buenos Aires: Ediciones Folio, 1984.
- Henao, Jesús María y Gerardo Arrubla. 1920. *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*. Bogotá: Librería Colombiana. Camacho Roldán & Tamayo.
- Henríquez Torres, Guillermo. *El misterio de los Buendía: el verdadero trasfondo histórico de Cien años de soledad*. Bogotá: Editorial Nueva América, 2003.
- Herrera Soto, Roberto y Rafael Romero Castañeda. 1979. *La zona bananera del Magdalena. Historia y léxico*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Jitrik, Noé. *Historia e imaginación literaria: las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1995.
- Kline, Carmenza. *Los lazos entre ficción y realidad en la obra de Gabriel García Márquez*. Universidad de Salamanca 2003
- Le Grand, Catherine. “El conflicto de las bananeras” en *Nueva Historia de Colombia Vol 3*. Bogotá, Planeta, 1989. P 183 a 218.
- Lukacs, Georg. *La novela histórica*. Barcelona: Editorial Grijalbo, 1976.
- Martin, Gerald. 2009. *Gabriel García Márquez. Una vida*. Barcelona: Random House Mondadori.

- Martin, Gerald. 1987. "On magical and social realism in García Márquez". En (Editores: Bernard McGuirk y Richard Cardwell) *Gabriel García Márquez. New Readings*. Cambridge University Press.
- Mena, Lucila Inés. *La función de la historia en Cien años de soledad*. Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1979.
- Menton, Seymour. *La nueva novela histórica en América Latina. 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Montoya, Pablo. *Novela histórica en Colombia, 1988-2008: entre la pompa y el fracaso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2009.
- Pons, María Cristina. *Memorias del olvido. La novela histórica de finales del siglo XX*. México: Siglo XXI, 1996.
- Posada Carbó, Eduardo. "Literatura como historia: García Márquez y las bananeras". En *Boletín cultural y bibliográfico*, Vol 35, núm 48. Bogotá, 1998. Pp 3-19.
- Rama, Ángel. *La narrativa de Gabriel García Márquez: edificación de un arte nacional y popular*. Bogotá: Colcultura: 1991.
- Sánchez Ángel, Ricardo. 2009. "Significados de la huelga de las bananeras de 1928". En *Bananeras. Huelga y masacre. 80 años*. (Editores: Mauricio Archila Neira y Leidy Torres). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Saldívar, Dasso. 2007. *García Márquez. El viaje a la semilla*. Madrid: Ediciones Folio.
- Vargas Llosa, Mario. *García Márquez Historia de un deicidio*. Barcelona: Barral Editores, 1971.
- Villa Chiappe, Santiago. 2007. "La historia y la memoria literaria en *Cien años de soledad*". En *Monografías meritorias en Literatura*. Bogotá: Universidad de los Andes. Facultad de Artes y Humanidades.
- White, Judith. 1979. *Historia de una ignominia*. Editorial Presencia. Bogotá.